

MERCHE DIOLCH

y
llegaste
tú

MÓNICA



PARTE 3

Click
EDICIONES

Índice

Cita
Prólogo

PARTE 3. MÓNICA

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Avance
Cita
Prólogo

Biografía
Créditos
Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**Gracias por adquirir este eBook
Visita y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura**

**Primeros capítulos Fragmentos de
próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros**

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:      

Explora Descubre Comparte

Merche Diolch

MÓNICA

Y llegaste tú 3

Click
EDICIONES



«A veces la última persona en el mundo con la que quieres estar es la única persona sin la que no puedes estar.»

JANE AUSTEN, *Orgullo y prejuicio*

Prólogo



—Ven aquí. —El joven agarró del brazo a la chica separándola de su pareja.

Mónica miró a la persona que acababa de interrumpir el beso que le daba su ligue y al comprobar quién era, buscó zafarse de su agarre sin éxito. Gritó de rabia, pero apenas se escuchó por culpa de la estridente música que sonaba en el pub.

—¡Déjame! —le exigió intentando deshacerse de él.

La miró impasible. Sin pronunciar ninguna palabra. Solo sus ojos eran el reflejo del estado en el que se encontraba. La tormenta se avecinaba y en los iris oscuros la furia se palpaba.

Sin ceder a las pretensiones de la joven, tiró de su brazo y la condujo por el sucio corredor que llevaba hasta los servicios. Dejaron atrás los aseos, sin poder evitar llamar la atención de las personas que esperaban en la cola su turno para usar los urinarios, y avanzaron hasta la puerta oxidada de emergencia. Sin soltar a su presa, el joven apretó la barra horizontal roja, que se abrió con bastante facilidad, y salieron al callejón oscuro. El ruido de la ciudad los saludó, el aire caliente los golpeó en la cara, tan diferente del frescor que había en el pub gracias al aire acondicionado.

—¿Se puede saber qué haces, Lucas? —lo interrogó con dureza Mónica en cuanto se vio libre sin apartar la mirada de su espalda.

Él se llevó las manos a la cabeza y observó el cielo negro, donde las nubes se agrupaban. Enredó sus dedos entre los cortos mechones rubios y

soltó el aire que retenía mientras pensaba en lo diferente que era ese cielo del que veía cada día desde su ciudad natal.

—Eso es lo que yo me pregunto... —Se volvió para mirarla, dejando caer sus brazos inertes a lo largo de su cuerpo—. ¿Qué coño hacías allí dentro?

—No es asunto tuyo —espetó ella.

El doctor tensó la mandíbula y contó hasta tres antes de hablar.

—Mónica, estaba preocupado...

La joven apretó los puños y avanzó un par de pasos acercándose a él.

—No te debo ninguna explicación.

Lucas agachó la cara hasta ponerla a su misma altura.

—Tuve que llamar a Raquel para saber dónde te encontrabas. No es el lugar ideal para que estés. —Señaló con la mano la puerta del local del que acababan de salir, que seguía abierta.

—Yo voy donde quiero y... —tomó aire e hizo una pausa dramática antes de concluir— con quien quiero. —Sonrió con prepotencia y se volvió para regresar al pub.

Los dientes del joven rechinaron ante el comentario. La agarró de la mano y tiró de ella de nuevo, provocando que chocaran sus cuerpos. Colocó su brazo en la espalda femenina, aprisionándola contra él sin que emitiera ninguna queja.

—Mónica, no tengo ganas de juegos.

Esta elevó una de sus doradas cejas, incrédula.

—¿Juegos? —Se carcajeó—. Perdona, pero yo estaba muy tranquila cuando has llegado tú y me has estropeado la diversión.

Él gruñó y avanzó hacia delante sin soltarla, hasta apoyar su espalda en la pared.

—Íbamos a ir juntos al pueblo... Te estuve esperando.

—Eso... —golpeó su hombro con el dedo índice— fue idea de mi hermanito. Yo tenía otros planes.

Lucas suspiró sin apartar sus ojos de los celestes de ella.

—¿Y por qué no me avisaste?

Le sonrió.

—Creí que no era necesario.

La mandíbula cuadrada se tensó.

—Tus padres esperan que vayas el fin de semana a casa... —Rechinó los dientes—. Tu hermano cree que ahora mismo estamos de camino a tu casa en mi coche...

—Ya iré mañana —lo interrumpió sacándolo de quicio.

Se acercó aún más a ella, impidiendo que ninguna brizna de aire circulara entre ellos.

—Israel quiere que vengas conmigo —insistió con mucha paciencia.

Ella elevó su cabeza altivamente.

—No soy ninguna niña para que decidáis por mí qué debo o no hacer.

—Tu comportamiento muestra lo contrario —la corrigió Lucas—. He tenido que venir a buscarte aquí —remarcó la última palabra con voz tensa—. Estás ebria y apestas a humo. —Arrugó la nariz evidenciando lo que señalaba.

Le sonrió divertida.

—Si no te gusta mi olor, no sé por qué estás tan cerca de mí —indicó con picardía.

—No juegues con fuego que te puedes quemar, Mónica.

—Eras tú el que no quería jugar —mencionó con voz melosa.

Fijó su mirada en la de ella y descendió su atención hasta los rojos labios mientras sus respiraciones se enredaban. Observó como la lengua femenina aparecía de improviso, acariciando su labio inferior, atrayendo sus ojos como si fuera una encantadora de serpientes. Apretó su mano en su cadera desnuda, ya que llevaba un top corto y su minifalda vaquera se asentaba muy por debajo del ombligo, y acarició su suave piel. Escuchó como ella emitía un suave gemido y sintió como parte de su cuerpo cobraba vida. Ascendió con rapidez su mirada hasta el cielo y soltó el aire que retenía. Se echó hacia atrás, separándose de ella.

—Nos vamos —le ordenó sin mirarla a la cara.

La joven lo observó entre confusa y desilusionada.

—Ya te he dicho que...

—Mónica, no me obligues a que lo repita otra vez. —Enfrentó su mirada dejando que comprobara que su paciencia se había acabado—. Tengo el coche aparcado al otro lado de la calle. Te doy diez minutos para que vuelvas allí dentro —señaló con la mano la puerta abierta del local—, te despidas de tu ligue —indicó de forma despectiva— y recojas tus pertenencias, si tienes algo tuyo ahí.

—No...

—Diez minutos, Mónica —la cortó de malos modos—. Si tras ese tiempo no has aparecido, entenderé que en verdad sí eres la cría caprichosa que

pienso que eres y que busca que todos estemos a sus pies y me marcharé — apuntó alejándose de su lado sin esperar réplica.

La joven rubia observó como desaparecía por la esquina del local, sin echar la vista atrás en ningún momento. Dio una patada a una lata de refresco vacía que había en el suelo y emitió un grito de impotencia.

—Joder, joder, joder... Moni, esta vez la has hecho buena —se dijo a sí misma, abriendo de par en par la puerta de emergencia del local para hacer lo que Lucas le había «ordenado».

PARTE 3

MÓNICA

Capítulo 1



La luz de la mañana la despertó.

Agarró la almohada y se tapó la cara con ella para intentar alejar la claridad que la molestaba. Comenzaba a sentir un martilleo constante en la cabeza y tenía la garganta seca. Buscó a tientas con la mano el vaso de agua que se llevaba cada noche a la habitación. Tiró en su búsqueda algunas de las cosas que reposaban sobre la mesilla haciendo que sus dientes rechinaran cuando el despertador acabó en el suelo. Se apartó a regañadientes su improvisado escudo de la cara y miró con los ojos achinados, buscando su preciado tesoro, pero no lo encontró; fue en ese momento cuando recordó lo que había sucedido la pasada noche.

En cuanto salió del pub donde la había encontrado Lucas, se dirigió al BMW X3 aparcado en la acera de enfrente con el motor encendido. Abrió la puerta del copiloto y se acomodó en silencio. El conductor la miró con cara de pocos amigos y, sin dirigirle la palabra, tomó la calle en dirección al piso donde vivía Mónica mientras estudiaba en Madrid.

Era tan solo un cuarto de hora lo que les separaba del apartamento, quince minutos que a la joven se le hicieron eternos mientras intentaba buscar un tema de conversación que disipara el enfado del médico. Ella seguía molesta por lo acontecido, pero sus enfados solían durarle más bien poco, ya que pensaba que la vida era demasiado corta para estar enfurruñada por cuestiones que se podían solucionar si se hablaban o si te reías de ellas. Tenía un carácter que le impedía estar enfadada mucho tiempo con una persona, a pesar de que últimamente entre Lucas y ella era el pan de cada día. Parecían más el perro y el gato que dos viejos amigos.

Miró al joven y observó la tensión que se marcaba en su mandíbula. Sus dedos agarraban el volante con fuerza y la mirada azul no apartaba su atención del coche que iba por delante de ellos.

Se apartó el cabello rubio de la cara y atrapó nerviosa sus manos. Sabía que estaba enfadado y que le iba a ser difícil volver a ver esa sonrisa que tanto le gustaba admirar, pero no soportaba la situación en la que se encontraban.

—Lucas...

—Cinco minutos, Mónica —le dijo de pronto sin mirarla, interrumpiéndola.

Extrañada ante lo que le había dicho, observó la calle y se dio cuenta de que acababan de llegar a su apartamento. El vehículo estaba aparcado en doble fila y las luces de emergencia encendidas.

—¿Cinco minutos? —preguntó confusa.

Lucas se volvió y la miró con el ceño fruncido.

—Sube a tu piso. Coge la maleta. Baja al coche. Cinco minutos —le enumeró lo que esperaba de ella como si estuviera hablando con una niña pequeña.

Torció el morro, bufó en un gesto poco femenino y abrió la puerta para cerrarla a continuación con mucha fuerza. Se dirigió al portal del edificio en el que se encontraba su casa y abrió la puerta sin mirar ni un momento hacia atrás.

En un acto de rebeldía, tardó cinco minutos más en bajar de lo que le había «ordenado» su chófer. Aunque había dejado hecha la maleta cerca de la puerta de su piso antes de irse al pub donde había quedado, decidió que podía sentarse cinco minutos en su querido sofá para estudiar el esmalte morado de sus uñas. No encendió la tele, ni siquiera jugó con el móvil. Solo estuvo sentada allí, mirando sus uñas mientras saboreaba divertida la imagen que su cabeza recreaba de Lucas enfadado por no haber cumplido su mandato.

Cuando comprobó en su reloj de pulsera que ya podía irse, tomó la maleta de ruedas y cerró la puerta del apartamento despidiéndose de él hasta el curso siguiente.

En cuanto salió del portal, el joven descendió del coche azul de muy malos modos, lo que corroboró que Mónica había conseguido su objetivo: estaba mucho más enojado que antes de que subiera a su piso.

Se acercó a ella y, sin pedirle permiso, le arrebató la maleta que depositó en el maletero. Subió al BMW y arrancó tras ponerse el cinturón. Si su acompañante no se hubiera acomodado antes que él en el asiento del copiloto, podría haber jurado que la hubiera dejado en tierra sin mirar atrás.

Pasados cinco minutos, la joven ya se arrepentía de lo que había hecho.

Comenzó a sentirse culpable por su comportamiento, cuando apostaba había decidido retrasar lo de la maleta, y no sabía cómo solucionarlo.

Un hilo blanco de la falda atrajo su atención mientras intentaba hallar algún tema de conversación que cambiara la situación que los dos jóvenes compartían.

De pronto, un frenazo brusco del vehículo la echó hacia delante. El cinturón tiró de ella, impidiendo que se moviera del asiento, y sintió como la mano de Lucas se posaba sobre su pierna en un acto reflejo.

El joven no la miró; solo la tocó levemente para devolver con rapidez la mano a la palanca de cambios como si en realidad no la hubiera movido de allí en ningún momento.

—¿Estás bien? —se interesó en cuanto reanudaron la marcha.

Asintió con la cabeza sin despegar la mirada de él.

—Sí. ¿Qué sucede?

—No lo tengo muy claro. Parece que hay algún accidente más adelante.

La joven intentó atisbar qué sucedía, pero solo se veía una hilera de luces rojas de los coches que, al igual que el suyo, habían reducido la velocidad e iban pendientes de los frenazos que se producían.

—Parece que el atasco va para largo —comentó.

—Sí, y si no nos hubiéramos entretenido, no lo habríamos encontrado —soltó haciendo referencia a la razón por la que iban en ese momento a paso de tortuga.

Mónica se dejó caer sobre el respaldo del asiento y suspiró.

—Vale, lo siento. ¿Es lo que querías oír?

La blanca sonrisa del conductor resaltó en la oscuridad de la noche.

—No estaría mal para empezar.

—Pues lo siento —repitió sin apartar su atención de la carretera.

Lucas movió la cabeza conforme con su disculpa, pero no añadió nada más. Pasados unos minutos, Mónica le miró de nuevo enfurruñada.

—¿No vas a hablar? ¿Sigues enfadado? Ya te he pedido disculpas...

La risa de su compañero la sorprendió.

—Estoy pendiente del tráfico...

—Aaah... Lo entiendo.

Él la observó confuso por un momento. El tono de voz usado para ese «lo entiendo» no le había sonado muy bien.

—¿Qué entiendes?

Se quitó las sandalias que llevaba y recogió sus piernas sobre el asiento sin dejar de sonreír.

—Eres un hombre y no puedes hacer dos cosas a la vez.

Lucas abrió la boca sorprendido para a continuación reírse divertido ante su ocurrencia.

—Entonces, para que yo lo entienda... —Elevó su dedo índice—. Si no hablo contigo es porque o sigo enfadado o porque no puedo conducir y hablar a la vez. ¿Es así?

Ella asintió.

—Veo que de algo te sirvió ir a la universidad —le pinchó riéndose a carcajadas, siendo acompañada por él de inmediato.

En cuanto dejaron de reírse, le acarició la mejilla con cariño.

—A veces consigues sacar de mí la peor persona —reveló para su sorpresa.

Mónica atrapó su mano brevemente para soltarlo en cuanto los coches volvieron a reanudar la marcha.

—Y tú de mí —susurró apoyando la cabeza en la ventanilla mientras se abrazaba intentando darse algo de calor.

—¿Tienes frío? —se interesó, echando la mano derecha a la parte de atrás del vehículo, sin apartar la mirada de la carretera y sin soltar el volante con la otra mano.

—Estoy algo destemplada.

—Toma. —Le ofreció la chaqueta que estaba buscando y que ella no dudó en coger—. Échatela por encima y, si es necesario, te pongo la calefacción.

Mónica se rio.

—¿En pleno agosto?

Lucas se encogió de hombros mientras ella se tapaba con la prenda.

—Lo que necesite mi chica —señaló guiñándole un ojo.

Esta cerró los ojos y se mordió el labio para evitar responderle.

A pesar de sentir el cariño que le profesaba, su corazón lloraba en silencio al saber que era solo el amor fraternal el que hablaba.

Lucas era el mejor amigo de Israel, casi como si fueran hermanos. Se conocían desde que eran pequeños e iban a todas partes juntos sin separarse casi nunca. En el pueblo los habían apodado los «Zipi y Zape», más por las travesuras que habían realizado de niños que porque se parecieran a los protagonistas del cómic creado por José Escobar, y ella... Mónica siempre iba detrás de «Zipi y Zape». Si estaba Raquel se apuntaba a espiarlos juntas, pero cuando su prima no estaba cerca, no dudaba en acompañarlos a todos lados.

Con el tiempo, las travesuras fueron sustituidas por salidas de adolescentes donde una niña pequeña no tenía sitio, aunque Lucas siempre guardaba una palabra amable para ella o la invitaba a una hamburguesa en el bar de Ceci, haciendo que las mariposas de su estómago revolotearan a velocidad vertiginosa cuando el futuro doctor le regalaba su tiempo.

Luego llegó la universidad...

Lucas se centró en su carrera de Medicina y poco se le vio por el pueblo. Israel era el que subía a Madrid para encontrarse con su amigo en algunas ocasiones y así podían pasar juntos el rato.

Fue una etapa en la que Mónica apenas lo vio, pero su corazón seguía anhelándolo.

Su cuerpo se transformó. La niña pequeña se convirtió en una atractiva adolescente y, cuando Lucas regresó, algo cambió...

Pero solo fue un espejismo.

Fue solo una noche donde creyó alcanzar el cielo para después aterrizar en el infierno.

Mónica sabía que Lucas solo la veía como una amiga o como la hermanita pequeña que iba con ellos a todos los sitios. La cuidaba, la mimaba, la quería, pero solo como la hermana que sus padres nunca le dieron y a pesar de eso... Añoraba sus caricias cuando no estaban juntos, sus abrazos y su voz, esa con la que soñaba cada noche. Su vida era un constante sufrimiento. Quería pasar página, trataba de olvidarse del mejor amigo de su hermano, pero su corazón traicionero se lo impedía.

Aunque sus sentimientos no eran correspondidos, sabía que la intensidad con la que le quería no era equiparable a su cariño y ella...

Ella seguía sufriendo por sus atenciones.

—Te necesito a mi lado —murmuró con los ojos cerrados, medio dormida, rodeada por el silencio del interior del coche, sin esperar a que él la escuchara.

No supo si hablaba el alcohol que había ingerido o el cansancio que acumulaba su cuerpo, pero en ese momento no pudo evitar decirlo y ahora...

Mónica tiró del nórdico y se tapó la cara de nuevo, acallando un grito de impotencia mientras pataleaba encima del colchón.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —se preguntó en voz alta rendida ante la evidencia.

Supo que hizo todo el viaje dormida. Solo se despertó cuando sintió como Lucas la levantaba de su asiento y la llevaba hasta su casa en sus brazos. Abrió los ojos por unos segundos y la tierna sonrisa del doctor la saludó.

—Descansa, preciosa —susurró mientras la acomodaba encima de él.

Mónica apoyó la cabeza en su hombro y el olor de Lucas la arropó. Su aroma siempre le había recordado a la tierra mojada en verano, a cuando la lluvia aparece de repente invocada por el calor y la humedad rodea todo lo que tiene a su alrededor. Le fascinaban esas tormentas y el causante era la persona que, en ese momento, la llevaba en brazos.

En cuanto subió los tres peldaños que llevaban hasta el porche de la vivienda, Israel abrió la puerta de la casa.

—Llegáis muy tarde —indicó a media voz.

—Un atasco —anunció sin mencionarle lo que había hecho su hermana. Su amigo asintió.

—Trae —solicitó—. La subo yo a su habitación para que puedas irte a tu casa y así puedas descansar.

Lucas negó con la cabeza, traspasó la puerta y comenzó a ascender las escaleras en dirección al dormitorio de la chica. Debido a todas las horas que había pasado bajo ese techo, conocía la casa como si fuera la suya propia.

—Acabo antes si la llevo yo.

—De acuerdo. Te espero en la cocina —le indicó Israel mientras veía como desaparecía por el piso de arriba.

Lucas abrió la puerta de la habitación y con delicadeza la dejó sobre su cama.

Ella abrazó su almohada y respiró con profundidad.

El joven observó su rostro por unos segundos, llevó sus dedos hasta los largos mechones y dejó que se deslizaran por su mejilla, hasta los labios femeninos que acarició con reverencia.

Un suspiro por parte de ella le asustó, obligándole a apartar su mano de inmediato al mismo tiempo que retrocedía. Enredó sus dedos entre los cortos mechones rubios y, sin apartar la mirada de Mónica, negó con la cabeza como si estuviera intentando autoconvencerse de algo. Dejó caer la mano inerte a lo largo de su cuerpo y, sin dudarle un segundo más, la tapó con el nórdico para salir del dormitorio sin echar la vista atrás.

La joven se incorporó de golpe en la cama ante ese recuerdo. Se llevó la mano hasta los labios y sintió como una sonrisa nacía en su boca.

—Quizás... —Apartó el edredón con rapidez y se levantó de la cama. Se dirigió al enorme espejo de cuerpo entero que había en el armario y se observó sin apartar sus dedos de los labios—. Quizás ha sido un sueño, Mónica —se dijo a sí misma intentando romper sus ilusiones. Apartó su mano de la boca reticente y comprobó que seguía vestida con la misma ropa de la pasada noche. En su cara se mostraban los estragos de la resaca que sentía. Negó con fuerza y sintió en su cabeza un redoble de tambores—. Date una ducha y deja de soñar —se aconsejó al mismo tiempo que acercaba su rostro al espejo y miraba con atención sus ojos celestes, encontrando un brillo distinto en ellos—. O quizás sí ha sucedido.

Capítulo 2



Mónica bajó las escaleras en dirección a la cocina. Tras la ducha que se había dado y que le había sentado de maravilla, se había vestido con ropa muy cómoda: un pantalón corto de algodón gris y una camiseta de tirantes amarilla. Llevaba el pelo suelto a sabiendas de que no tardaría en secarse con el calor que hacía.

—Hola, hija —la saludó su padre en cuanto traspasó la puerta de la cocina.

—Papi. —Le dio un beso y abrió la nevera buscando algo para desayunar —. ¿Y mamá?

—Arriba, ahora baja.

Mónica asintió, bebió un sorbo de la botella de leche sin utilizar ningún vaso y su padre le dio una leve colleja.

—¡Papá! Casi me mancho —se quejó poniéndole morros.

—No hagas eso —la regañó y volvió con lo que estaba, como si estuviera acostumbrado a lidiar cada día con la misma costumbre.

Ella dejó la botella en su lugar de origen y agarró una manzana. Se sentó en una silla cerca de la mesa que había pegada a la pared y mordió la fruta sin apartar la mirada de su padre.

El hombre no paraba de moverse. Iba de un lado a otro de la habitación, colocando la vajilla que debía de haber fregado hacía escasos minutos mientras estaba pendiente de lo que estuviera cocinando en el fuego. No recordaba el día de no verlo delante de los fogones preparando algo de

comer. Le encantaba estar en esa habitación cortando, friendo o maquinando las recetas que se le ocurrían.

Se parecía bastante a su tío Josep, el padre de Raquel, aunque, a diferencia de este, el cabello de su progenitor era más oscuro y de estatura era más bajo, pero si alguien los veía juntos no dudaría de que eran hermanos.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Roger.

—Bien. Había un accidente, pero como me quedé dormida, no me enteré de mucho...

Su padre se rio.

—¿Y el pobre Lucas se comió todo el atasco sin tu compañía?

Le guiñó un ojo pícaro.

—Sí le acompañé, pero dormida.

Justo cuando la puerta de la cocina se abría y la madre de Mónica aparecía tras ella, ambos estallaron en sendas carcajadas.

Esther los observó divertida y le dio un beso a su hija.

Las dos mujeres se parecían bastante.

La mayor tenía una larga melena rubia y su cuerpo, aunque ya mostraba las señales claras de la edad, seguía atrayendo alguna que otra mirada masculina. Los ojos celestes de la joven eran herencia de ella. Una mirada que era al mismo tiempo una bendición y una pesadilla porque, aunque le encantaba el color de sus iris, cuando algo le preocupaba se reflejaba con demasiada facilidad en ellos. Ni siquiera su perenne sonrisa, esa que siempre la acompañaba, podía esconder lo que en ellos se mostraba.

—Hola, cariño. ¿Has descansado? —Le colocó el cabello por detrás de la oreja mientras Mónica movía la cabeza de manera afirmativa ante su pregunta, sin dejar de morder la manzana—. ¿Dónde está Israel? —preguntó a su marido en cuanto sus miradas se encontraron.

Este dejó el trapo de cocina sobre la encimera y se cruzó de brazos.

—Fuera. Está hablando con Lucas por teléfono.

Esther asintió.

—¿Vamos al salón?

—Sí, creo que estaremos mejor —respondió el hombre sin dudar, viendo como desaparecía su mujer por la puerta dejándolo solo con su hija de nuevo.

Mónica comía de la fruta sin apartar la atención de sus padres. Sentía que el ambiente estaba enrarecido entre ellos, ya que, aunque a primera vista parecía que la conversación que habían mantenido podría ser una más, temía que algo pasaba.

—Papá, ¿qué sucede?

El hombre expulsó el aire que retenía sin saberlo y se subió las gafas de montura metálica que llevaba. Se acercó hasta su hija y le acarició la mejilla con ternura.

—Tu madre y yo tenemos que contaros algo...

Mónica se levantó de la silla y se agarró de su brazo.

—Sí, eso me quedó claro cuando me pedisteis que volviera de Madrid este fin de semana, pero... —Se paró delante de él y enfrentó su mirada—. ¿Qué ocurre?

Le regaló una sonrisa que no le llegaba a sus negros ojos.

—Ahora te enterarás. —Palmeó su mano y la animó a salir al salón.

Mónica asintió dubitativa. No le gustaba nada ver a su padre en ese estado y, aunque trataba de ocultarle lo que sucedía, podía sentir que no lo estaba pasando nada bien.

Le dio un beso en la mejilla con cariño y siguió a su madre al salón.

Roger tomó aire profundamente y fue a salir, pero, en el último momento, el corazón de la manzana que había estado comiendo su hija atrajo su atención. Sonrió con cariño al mismo tiempo que lo recogía y lo tiraba a la basura. Tras ello, siguió a las dos mujeres que formaban parte de su vida, esa que iba a tomar un giro de ciento ochenta grados.

—Hijos...

Mónica e Israel estaban sentados en uno de los dos sofás del salón. Enfrente de ellos se encontraban sus padres, que no sabían cómo explicarles aquello por lo que estaban allí reunidos.

—Mamá, ¿sucede algo? —preguntó preocupado Israel.

La joven subió las piernas encima del sofá y se apoyó en el cómodo respaldo, mientras se abrazaba a sí misma buscando el calor que su cuerpo comenzaba a dejar escapar. Era como si presintiera que la noticia que les iban a dar iba a formar parte de uno de los peores momentos de su vida.

Esther no dejaba de pasar sus manos por las piernas, metiéndolas en los bolsillos de los vaqueros para sacarlas a continuación, nerviosa ante lo que debía decirles a sus hijos, y miró a su marido suplicándole ayuda.

Roger, que se encontraba alejado de su mujer, se acercó hasta ella y atrapó una de sus manos nerviosas. Observó a sus hijos y pensó que la vida había pasado demasiado deprisa ante sus ojos.

—Vuestra madre... —miró a su esposa para devolver la atención hacia sus hijos— y yo nos vamos a separar.

—¿Qué?! —Israel gritó al mismo tiempo que se levantaba del sofá.

—Lo que has oído, hijo —le indicó su padre con calma—. Los años han pasado y me... —corrigió con rapidez— y nos hemos dado cuenta de que esperábamos algo más de nuestra vida en común.

El hermano de Mónica se llevó las manos a la cabeza y miró a sus padres como si fueran dos extraños.

—¿Algo más? ¡Algo más!

—Israel, cariño. —Su madre buscó tranquilizarlo—. Solo te pedimos que nos comprendas. —Atrapó su mano y le miró—. Tu padre y yo ya no nos queremos. Hemos llegado a un punto de nuestra vida en que necesitamos reencontrarnos de nuevo, pero por separado.

Mónica observaba la escena sin decir nada, como si se encontrara delante de un espectáculo teatral.

No daba crédito a lo que escuchaba.

Posó los ojos brevemente sobre su madre, quien en ese instante trataba de explicarle a su hermano que la decisión que habían tomado era la mejor para todos, y centró su mirada en su padre. Había vuelto a dar un paso hacia atrás, alejándose de su esposa, dejando sus negros ojos fijos en lo que se observaba por la ventana de la casa. Percibió que un halo de tristeza y resignación lo rodeaba, y se abrazó a sí misma todavía más fuerte.

—Vosotros sois ya mayores —su madre continuó con su discurso. Aunque al principio le había costado arrancar, ahora era como si la explicación que les ofrecía la tuviera ensayada desde hacía tiempo—. Ya no nos necesitáis a los dos a vuestro lado...

—¿A los dos? —Mónica indagó confusa, interrumpiéndola—. ¿Qué quieres decir?

Esther observó a su hija sin soltar la mano de Israel y le ofreció una sonrisa condescendiente.

—Vuestro padre se quedará aquí, con vosotros. En esta casa. —Observó lo que les rodeaba—. Yo me voy. Tengo las maletas ya preparadas...

—¿Ya? —preguntó la joven de golpe.

—¿Tienes las maletas preparadas? —repitió incrédulo Israel, deshaciéndose del agarre de su madre al mismo tiempo que se alejaba de ella, colocándose detrás del sofá.

La mujer asintió posando sus ojos azules en sus hijos.

—Ha sido una decisión difícil...

—¡Ja! Ya veo que es muy difícil para ti...

—¿Difícil? —murmuró Mónica.

—¡Israel! —Roger llamó la atención a su hijo—. No hables así a tu madre.

El joven miró a su padre y apretó los puños dejando blancos sus nudillos.

—Cariño. —Esther se acercó hasta él y tomó su cara, buscando que la mirara—. Será solo por unas semanas. Me voy de viaje, pero regresaré. —Le apartó el pelo con ternura—. Buscaré otra casa para que podamos estar juntos... —Dudó por unos segundos—. Los tres.

El hermano de Mónica asintió reticente, soltó el aire de su interior y decidió cambiar su actitud. Ya tendría tiempo más adelante de analizar lo que estaba sucediendo con tranquilidad. Ahora necesitaba escuchar y tratar de comprender.

—¿Adónde te vas? —preguntó agarrando su mano.

La mujer sonrió.

—Todavía no lo sé.

Sus hijos la miraron extrañados ante su respuesta.

—¿No sabes adónde te vas de viaje? —indagó Israel.

Esta se encogió de hombros y amplió su sonrisa.

—Es una aventura. Cuando llegue al aeropuerto lo veré; de entre todos los vuelos que salgan y tengan plazas, decidiré cuál es al que me apetece subir.

Su hijo asintió; aunque seguía molesto por el anuncio, el viaje de su madre había captado toda su atención. Le intrigaba qué haría y cómo lo haría. Ambos compartían caracteres muy similares y una buena aventura siempre les había llamado la atención.

—¿A cualquier sitio?

Ella movió la cabeza de manera afirmativa.

—Será divertido.

Israel se rio, rompiendo la tensión que rodeaba a la familia.

—Sí, muy divertido. —Miró a su padre—. ¿Tú qué piensas?

Roger observó a su esposa con cariño.

—Es su decisión —indicó con cierto pesar que trató de no mostrarles, pero su hija lo conocía demasiado bien.

—¿Cómo vas a ir hasta el aeropuerto? —se interesó Israel. Se notaba que, aunque no le hacía mucha gracia que sus padres se separaran, había llegado a

la determinación de que no podía hacer nada ante lo evidente.

—Pensaba llamar a un taxi...

—Te llevo yo —la interrumpió—. Será mi forma de pedir perdón por mi comportamiento...

Esther le atusó el cabello y le dio un beso en la mejilla.

—No tienes por qué disculparte, Isra. Es normal. —Observó a su marido—. Tal vez debimos decíroslo de otra forma...

—¿De otra forma? —preguntó Mónica atrayendo la atención de los allí reunidos—. ¿De otra forma? —repitió al mismo tiempo que se levantaba del sofá y miraba a los miembros de su familia—. Pero ¿estamos locos o qué?

—Mónica...

—No, papá. Déjame hablar. Creo que estoy en mi derecho, ya que esto también me concierne.

—Sí, claro, cariño. Dinos qué piensas —la animó su madre.

—Pienso que esto es una locura, mamá —indicó enfadada—. De la noche a la mañana has decidido que no querías formar parte de esta familia...

—Moni, es una decisión de los dos —la interrumpió su padre.

—No, papá. Intentaréis hacernos ver que los dos —dijo señalándolos con el dedo— os habéis puesto de acuerdo para dar este paso, pero a mí no me engañáis. Esto es cosa de ella.

—Moni...

—Ella es la que quiere irse, la que quiere alejarse de aquí para viajar. ¡Para viajar! —Levantó las manos al aire para dejarlas caer sin fuerzas.

Su madre la miró sin saber muy bien qué decir ni qué hacer.

—Cariño, eso no es lo que...

La joven levantó las manos impidiendo que se le acercara.

—No, no trates de convencerme. Has tomado una decisión que ninguno de los tres comprendemos —dijo subrayando el «tres» con un tono de voz más alto de lo normal—. Tú serás feliz con el camino que vayas a tomar, pero no pienses ni por un segundo que nosotros, tu familia, compartiremos esa felicidad.

—Mónica, cariño. Deja que me explique —insistió Esther.

—¿Para qué? —preguntó con brusquedad—. Ya tienes las maletas hechas. No necesitas ni mi permiso ni mi opinión para lo que vas a hacer. Es tu decisión. Nosotros no importamos.

—Sí, claro que importáis...

—No quiero escucharte más —la cortó—. Que te lo pases bien en tu aventura —espetó alejándose de ellos y saliendo por la puerta de la casa.

—Moni...

—Déjala —le pidió Roger agarrándola del brazo e impidiéndole seguir a su hija—. Necesita tranquilizarse. Tiempo. Ya hablaré con ella más tarde.

La mujer lo miró con lágrimas en los ojos y asintió convencida de lo que su futuro exmarido le decía. Siempre se le había dado mejor a su marido tratar a su hija.

—Sí, tienes razón. —Posó su mano sobre la de él y sus miradas se encontraron por unos segundos—. Será mejor que me marche...

Este asintió apartando su mano de ella.

—Sí, será lo mejor.

Capítulo 3



Mónica andaba sin rumbo fijo por el camino de arena que circulaba paralelo a la linde del bosque, mientras en su cabeza no paraba de recrearse una y otra vez lo que había sucedido en su casa. Todavía no entendía qué había ocurrido y menos que su madre los abandonara sin que su padre dijera nada.

No comprendía como, amándola como la amaba, no luchaba por ella.

De pronto, el ruido de un coche acercándose la obligó a apartarse del camino para dejarle paso. No levantó la cabeza del suelo en ningún momento. Quería evitar que, si el conductor era alguien conocido, se detuviera para charlar con ella. Lo que menos le apetecía en ese momento era entablar una conversación cordial con algún vecino.

Siguió andando, golpeando con la mano de vez en cuando la hierba alta que se encontraba a su paso, cuando escuchó como el vehículo que la había adelantado se detenía más adelante.

No había conseguido su objetivo.

La tentación de desaparecer entre los árboles, alejándose de la persona que esperaba en su automóvil para hablar con ella, era muy fuerte. Solo debía hacerse la despistada, girar hacia la derecha y adentrarse en el bosque sin mirar hacia atrás...

Pero su educación se lo impidió.

Tomó aire e intentó sonreír. Levantó la mirada y observó la parte trasera de un vehículo azul conocido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó en cuanto llegó a la puerta con la ventanilla bajada.

—Te estaba buscando —respondió el conductor.

—¿Ya has ido a casa?

Este asintió.

—Tu hermano y tu padre están preocupados por ti.

Se encogió de hombros.

—Necesitaba caminar, Lucas.

La ceja del joven se elevó, incrédulo.

—¿Descalza?

Mónica se miró los pies, que en ese momento estaban algo sucios, y se dio cuenta por primera vez de que había salido de su casa sin preocuparse en ponerse calzado alguno.

—Lo hago muy a menudo —mintió.

Este sonrió, se estiró hacia ella y abrió la puerta.

—Venga, Madre Naturaleza. Sube al coche, que te llevo a casa.

La joven fue a hacerle caso, pero en el último momento se arrepintió y se alejó del coche como si le hubiera dado un calambre al tocarlo.

—No, a casa no quiero ir.

—Moni...

—No, Lucas. A casa no me lleves.

Este la observó con cariño, sabiendo, sin que ella se lo dijera, que no se encontraba bien y, aunque en su casa la esperaban, tomó una decisión: —De acuerdo. —Golpeó el asiento animándola a que se sentara—. Sube. Iremos a otro sitio.

Al principio, Mónica dudó, miró a ambos lados por si encontraba una alternativa mejor, pero estaban solos en mitad de la nada.

—Moni... —la llamó de nuevo, regalándole esa sonrisa que buscaba que confiara en él.

Asintió levemente e hizo lo que le indicaba. En cuanto se puso el cinturón, Lucas arrancó el coche.

Salieron a la carretera principal que llevaba hasta el pueblo, pero, al contrario de lo que ella esperaba, el conductor tomó la dirección contraria y a unos kilómetros se desvió por un pequeño camino de tierra que, si no lo conocías bien, podías pasártelo sin problemas.

Se trataba de una vía muy estrecha que iba pareja al discurrir del río y en la que, por culpa de su mal estado, los vehículos estaban obligados a

aminorar la velocidad.

Apenas condujeron por ella, ya que a pocos metros se encontraron una gran pared natural, formada por enredaderas, juncos y toda clase de vegetación que les impidió continuar.

Lucas detuvo el motor, descendió del coche y se dirigió al maletero. Sacó algo de lo que guardaba en su interior y, sin demorarse mucho, abrió la puerta de Mónica.

Delante de ella se encontró un par de botas verdes de agua.

—Toma.

Las miró divertida.

—¿Quieres que me ponga eso?

Asintió.

—Estás descalza y, si te metes por allí —dijo señalando un pequeño pasadizo que se abría entre la naturaleza—, terminarás pinchándote con algo o haciéndote alguna herida.

—Pero son enormes...

Lucas se rio, le agarró una de las piernas sin delicadeza y le puso una bota.

—Deja de quejarte —la regañó tras calzarle el otro pie. Atrapó su mano y tiró de ella, obligándola a bajarse del coche.

Mónica no pudo evitar reírse al ver sus pequeños pies dentro de las grandes botas.

—Tendrás que ayudarme a caminar.

El médico sonrió mientras le ofrecía su brazo para que se agarrara.

La joven no dudó en hacer lo que le indicaba y con cuidado se pusieron en movimiento.

Iban muy atentos al camino que seguían, con cuidado de que Mónica no se cayera, adentrándose por el estrecho corredor verde. Un pasillo natural que la vegetación había creado por sí sola, enlazándose las ramas y las hojas entre ellas y creando una bóveda casi perfecta desde la que las flores saludaban a los que tenían el valor de traspasarlo.

De improviso, un pequeño traspíe obligó a detenerse a la chica, atrayendo la atención de su compañero.

—¿Vas bien?

Mónica se recolocó un poco la bota derecha como pudo y asintió.

—Es solo que en la zapatería no tenían mi número.

Lucas se rio, la envolvió con sus brazos e igualó su paso al de ella para evitar que se volviera a tropezar.

—Yo que creía que te habías transformado en un pato mareado...

Le golpeó el brazo al mismo tiempo que se quejaba.

—Eeeh... No te pases.

Sonrió.

—Vale, vale... Quise decir cisne.

Ella movió la cabeza de lado a lado meditando su rectificación.

—Me gusta más —señaló riéndose a la par que Lucas, justo cuando llegaban al final del corredor y la luz del sol los cegó por unos segundos.

—Ya hemos llegado —anunció parándose en mitad del campo.

Mónica parpadeó un par de veces, buscando centrar su mirada, y, cuando comprobó que ya podía ver bien, la estampa que observó la dejó sin palabras.

Enfrente de ellos había un gran granero. Un edificio de madera abandonado por sus dueños que se ensamblaba a la perfección con el paisaje que los rodeaba. En uno de sus lados destacaba una gran rueda de molino inmóvil, fija en el tiempo, que llamaba la atención. El musgo se había asentado sobre sus paletas curvas y pequeñas flores nacían entre ellas, creando un pequeño y original jardín por el que las abejas y las mariposas revoloteaban. Su base circular se hundía en el agua del río que los había acompañado hasta allí mostrando una estampa preciosa que podría asemejarse con facilidad a cualquier construcción descrita por Tolkien y que perteneciera a la Comarca.

—¿Dónde estamos?

—En el valle —respondió tirando de ella hacia el edificio.

—Pero... —Seguía asombrada por lo que veía—. ¿No muy lejos del pueblo?

Él movió la cabeza negando.

—Todo lo contrario. Muy cerquita.

—¿Y cómo es que no sabía de este lugar?

Lucas la miró en cuanto llegaron a la puerta del granero y se encogió de hombros.

—A mí me lo enseñó Raquel.

Lo miró asombrada.

—¿Mi prima? —Asintió mientras la animaba a adentrarse en el edificio.

En cuanto traspasaron la entrada, el frescor del interior les dio la bienvenida, aliviándolos un poco del calor que hacía en ese mes de agosto.

—¿Cómo?

Lucas la llevó hasta una escalera de madera que se apoyaba en la planta de arriba.

—En una de las visitas que hizo a la clínica, me habló de este lugar. Me contó que era el sitio donde se perdía cuando quería estar sola. Decía que la ayudaba a encontrarse mejor.

—¿Y un día te trajo?

Se mordió el labio de forma traviesa.

—Bueno... Me costó convencerla, pero al final le dije que, al ser su médico, necesitaba cerciorarme de lo que era o no beneficioso para su salud.

Mónica se rio.

—¿Y te creyó?

—Creo que más bien me trajo para que dejara de agobiarla con mi insistencia. —Le guiñó un ojo—. Sube. —Le señaló las escaleras.

Mónica se quitó las botas y pisó con el pie descalzo el primer escalón.

—Es decir, que te trajo para que dejaras de ser tan pesado.

—Creo que sí —reconoció divertido.

La joven se carcajeó mientras ascendía la escalinata.

En cuanto llegó al piso superior, se fue directa al enorme hueco desde el que se podía ver todo el valle. El río atravesaba el campo como si fuera una serpiente, dibujando con su recorrido un zigzag sinuoso que no desentonaba nada con el paisaje. Distintas tonalidades de verdes destacaban con fuerza, alternándose con los amarillos creados como consecuencia del calor de la estación del año en la que se encontraban. Reconoció el grupo de árboles que se amontonaban en el lago y que estaban cerca de la casa de su tío, y buscó su propia casa, pero desde esa distancia no pudo encontrarla.

—Está por allí. —Lucas movió la mano hacia la derecha señalando una zona que, desde donde estaban, apenas se veía.

Mónica asintió y se sentó en el suelo, dejando las piernas fuera del edificio.

El joven observó sus movimientos sin intención de imitarla. Miró el paisaje que había a sus pies y observó unas nubes negras que venían por el horizonte.

—Parece que va a llover.

Ella miró lo que le indicaba con cierta esperanza.

—Ojalá que llegue hasta aquí, porque hace demasiado calor.

—Por lo menos respiraremos por unos segundos —comentó dándole la razón. Giró sobre sus pies y se adentró por la oscuridad del granero hasta un montículo enorme de paja donde se tumbó.

Mónica lo observó divertida.

—¿Se está bien ahí?

Lucas se estiró todo lo largo que era acompañando sus movimientos con exagerados sonidos placenteros.

—¿Por qué no vienes y lo pruebas?

Se rio.

—Acabas de parecer Al Pacino en *Pactar con el diablo*.

—«Yo no hago que las cosas pasen ni obligo a nadie a actuar. Yo solo pongo el escenario» —citó una de las frases célebres que recitaba el actor en la película.

Mónica se rio de nuevo mientras se acercaba a él y se tumbaba a su lado de golpe, levantando toda la paja que les rodeaba.

—No sé cómo lo haces...

—¿El qué? —preguntó volviéndose hacia ella, apoyando la cabeza en su mano.

—Acordarte de los diálogos de algunas películas.

Lucas tomó una espiga y acarició el rostro femenino.

—Tú no te quedas atrás. —Lo miró con apreciado interés—. Te sabes cada poder o batalla en los que han participado los Vengadores. No solo en las películas, sino también en los cómics.

Mónica sonrió. Sabía que su amigo tenía razón. Era muy friqui para algunas cosas, y los superhéroes eran su debilidad.

—Siempre he tenido fascinación por los héroes —confesó buscando sus ojos.

Él asintió.

—Lo sé... —susurró sin apartar la mirada de ella. Dejó a un lado la espiga con la que la acariciaba y posó la mano en su mejilla.

Mónica le regaló una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Lucas apoyó su frente en la de ella. Apartó uno de sus largos mechones de su rostro y le acarició la mejilla con ternura.

—¿Estás bien?

Capítulo 4



Mónica asintió con la cabeza, pero a mitad del movimiento se detuvo y empezó a llorar desconsoladamente. Escuchó como Lucas siseaba al mismo tiempo que la arropaba entre sus brazos y le ofrecía palabras de consuelo. La acercó aún más a él y apoyó su barbilla sobre el cabello rubio mientras pasaba la mano por su espalda.

—No lo entiendo —se quejó entre lágrimas.

—La vida...

Se apartó de él un poco y lo miró confusa.

—¿La vida?

Le limpió la cara, apartando las gotas de agua salada que todavía se deslizaban por sus mejillas, y miró sus ojos celestes.

—Con los años las personas cambian, sus intereses se transforman y buscan otras cosas que los completen.

—¿Y el amor?

Delineó su ceja derecha y deslizó el dedo por la curva de su nariz hasta posarlo en la comisura de sus labios.

—El amor evoluciona, cambia con los años. No es igual amar con quince años, con veinte que con treinta o cuarenta. Las fases del amor son infinitas y los protagonistas de esa relación deben saber solventar todos los escollos que se encuentran en su camino para seguir amando a la persona que tienen al lado.

Asintió levemente tratando de comprender lo que le explicaba.

—¿Mis padres no estaban enamorados?

—Al principio no te digo que no piensan que el uno era para el otro, pero cuando encuentras tu alma gemela... —Le guiñó un ojo—. Ese amor es para toda la vida, pero en ocasiones, el corazón nos engaña.

Mónica posó su mano en el pecho de Lucas y sintió como latía ese músculo traicionero.

—¿Cuándo sabemos que ese amor es el de verdad?

El médico suspiró.

—No hay una ciencia exacta que ayude a los incautos enamorados a descubrirlo. Debe ser un acto de fe...

—¿Incautos? —preguntó elevando su ceja dorada.

Se rio al mismo tiempo que se rascaba la cabeza.

—Las personas que creen en el amor deben de ser muy tontos cuando estando solos podemos estar mucho mejor.

—Solos no se está mal —admitió—, pero si te has enamorado de la persona adecuada, como me has explicado... —Le dio en la punta de la nariz y él se abalanzó sobre el dedo intentando morderlo—. Cuando Cupido ha acertado con sus flechas —reanudó su discurso—, tampoco podemos negar que la vida al lado de tu alma gemela puede resultar perfecta.

Él bufó con fuerza.

—Quizás...

Se rio al observar su cara de incredulidad.

—¿No me digas que nunca has sentido esa sensación?

—¿Qué sensación? —se interesó acariciándole de nuevo la espalda.

—Cuando el corazón late a una velocidad de vértigo, las mariposas revolotean en tu estómago y sientes que el aire te lo roban.

Se llevó una mano al mentón y pensó en lo que le describía.

—No, todavía no he sufrido una parada cardiorrespiratoria.

Mónica le golpeó el pecho arrancándole una carcajada.

—No me tomes el pelo.

Lucas atrapó la mano con la que le había golpeado y se la llevó a su espalda, acercándola aún más a él. Observó sus ojos y le acarició la mejilla con su mirada.

—Nunca se me ocurriría —susurró con voz ronca.

Mónica, hipnotizada por su mirada, no dijo nada.

El silencio envolvió a la pareja.

El aire se cargó de tensión a su alrededor.

El viento entró con fuerza por el vano de la pared y un trueno estalló en el exterior, pero ninguno se inmutó.

Las respiraciones de ambos se aceleraron, entrelazándose como si fueran la pareja perfecta de un baile de salón.

Sus corazones latían al compás de lo que ambos comenzaban a sentir.

Los ojos azules de Lucas se tornaron más oscuros, un mar embravecido donde se plasmaba la lucha de sentimientos que había estallado en su interior.

Los celestes de ella brillaban de expectación ante lo que su dueña deseaba que sucediera.

La mirada oscura descendió hasta la boca femenina e instintivamente la lengua apareció, acariciando el labio inferior provocándole, llamándole... Expulsó el aire que retenía sin darse cuenta y se acercó con lentitud atraído por su movimiento.

Mónica cerró los ojos y esperó el ansiado beso.

Deseaba saborearlo de nuevo.

Otra vez...

Fue solo una vez... Una única vez que había recreado en su cabeza cada noche desde aquel día y necesitaba confirmar que había sucedido, que no había sido un sueño.

Lo deseaba.

Suspiró alentándolo, pero sin abrir los ojos, atenta a cualquier sonido que le llegaba.

El corazón del médico se aceleró ante la expectativa y sintió como la temperatura de su cuerpo aumentaba.

Deseaba besarla, volver a probar su sabor.

De pronto, un relámpago se dibujó en el cielo iluminando el interior del granero, instante en el que Lucas pudo ver sin problemas el rostro de la joven que tenía entre sus brazos.

Era la hermana de Israel, su amigo...

Era Mónica, la niña pequeña que iba a todos lados detrás de ellos; la que jugaba entre sus piernas y a la que le contaba cuentos infantiles cuando acampaban bajo las estrellas.

No podía hacerlo.

Ya había sucedido una vez y aunque, pasado el tiempo, se reconoció a sí mismo que no había estado mal, e incluso lo había disfrutado, se juró que no volvería a ocurrir.

No debía hacerlo.

Tomó una decisión.

Se separó de ella, levantándose con rapidez, alejándose de la tentación que era la hermana de su amigo y se acercó hasta el hueco de la pared para observar la tormenta.

No hizo falta que Mónica abriera los ojos para saber lo que había sucedido. Notó los movimientos de Lucas y sintió como se deslizaba por su mejilla una lágrima solitaria, que no dudó en apartar de un manotazo. Soltó el aire de su interior, se tumbó boca arriba sobre el heno y observó la espalda del joven sin hablar.

No dijo nada.

No sabía qué decir.

Capítulo 5



El padre de Mónica abrió la puerta de la casa en cuanto identificó el coche de Lucas. Aunque el joven le había mandado un mensaje a Israel avisándole de que su hermana estaba con él, no estuvo tranquilo hasta que no la vio dentro del vehículo.

El médico le saludó desde el interior del coche, pero no bajó del mismo como hacía en otras ocasiones; incluso dejó el motor en marcha a la espera de que el otro ocupante descendiera.

—¿Estarás bien? —se preocupó por ella justo cuando abría la puerta.

La chica asintió sin mirarle.

—Gracias por traerme. —Cerró la puerta tras de sí y fue hacia Roger, quien la cobijó entre sus brazos.

Lucas observó a la pareja por unos segundos, se pasó la mano por la cara y suspiró derrotado. Puso la marcha atrás y desapareció en dirección a la clínica de su padre.

Mónica se volvió en cuanto escuchó como se alejaba el BMW y parpadeó varias veces impidiendo que las lágrimas escaparan de sus ojos.

Desde lo vivido en el granero habían intercambiado pocas palabras. Menciones frías a la tormenta que había estallado sobre sus cabezas, a la tempestad climática, porque lo que había sucedido entre ellos, ambos eludieron mencionarlo.

Era como si no hubiera ocurrido nunca.

Esperaron nerviosos a que la lluvia cesara, sin saber muy bien qué hacer o qué decirse, y cuando observaron que comenzaba a amainar la tormenta,

decidieron marcharse.

El viaje lo hicieron en completo silencio. Cada uno iba sumido en sus propios pensamientos, pero muy conscientes de la persona que tenían a su lado.

Ninguno de los dos pensó en encender la radio, buscando quizás que con el sonido de la música se distendiera el ambiente. Prefirieron seguir callados, como si no quisieran romper lo que compartían, aunque fuera un tenso momento. Escuchando sus respiraciones, atentos a cada movimiento de sus cuerpos. Pendientes el uno del otro.

Mónica sintió como su padre pasaba el brazo por sus hombros y la animaba a entrar en la vivienda, devolviéndola al presente. Alejándola del joven que acababa de marcharse.

—¿Estás bien? —le hizo la misma pregunta que Lucas.

Movió la cabeza de forma afirmativa.

—Sí, pero necesito tiempo —confesó.

Su padre asintió mientras abría la puerta de la cocina y la dejaba pasar.

—Es normal. Todos necesitamos tiempo para asimilar esta nueva situación.

Mónica se sentó en una de las sillas de madera y enredó los dedos entre su cabello mientras observaba como su padre comenzaba a trastear con las sartenes.

—¿Te apetecen unas quesadillas? —La joven asintió en silencio—. Pues haré las de pollo y beicon. —Ella volvió a mover la cabeza de manera afirmativa sin decir nada mientras Roger sacaba de la nevera los ingredientes que necesitaba para hacer la comida.

Desapareció por la puerta de la despensa para buscar las tortillas de trigo mexicanas y, cuando apareció de nuevo en la cocina, Mónica le preguntó: —¿Por qué?

El hombre, que se dirigía hacia la parte de la encimera donde había dejado los productos que había ido sacando, se detuvo y la miró. Se quitó las gafas y llevó sus dedos hasta el puente de la nariz para volver a colocarse las lentes de nuevo. Dejó la tortilla y se acercó hasta su hija, agarrando una de las sillas que había cerca de ella para sentarse a su lado.

—Si te soy sincero... —Ella asintió animándole a que lo fuera—. En realidad no lo sé. —Atrapó sus manos y enfrentó su mirada—. Nos dimos cuenta de que teníamos intereses distintos y...

Mónica se soltó de su agarre de forma brusca.

—Ella se dio cuenta —corrigió.

Roger observó sus ojos celestes, tan parecidos a los de su mujer, y asintió con cierto pesar, tras apoyar su espalda en el respaldo de la silla.

—No era feliz —claudicó.

Ella bufó con fuerza.

—¿Por qué? —insistió subiendo el tono.

Observó la habitación de azulejos azules y blancos como si buscara alguna respuesta en el aire, y se llevó la mano hasta la cabeza al mismo tiempo que suspiraba.

—No lo sé... —Se rindió—. Un buen día encontré a tu madre mirando al infinito. Estaba llorando en silencio y cuando le pregunté qué le ocurría, solo me dijo que se ahogaba. Su trabajo no la llenaba y el día a día la estaba asfixiando.

—¿Nosotros la asfixiábamos?

Negó con rapidez atrapando de nuevo sus manos.

—No, no... Vosotros, Israel y tú, sois lo mejor que ha tenido y tendrá en su vida. Siempre os querrá...

—Entonces, ¿por qué se ha marchado? —le interrumpió.

Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

—No quería —dijo sorprendiéndola—. Fui yo el que la animó a que hiciera lo que siempre había soñado.

La joven sintió como las lágrimas volvían a surcar sus mejillas.

—¿Tú le dijiste que nos abandonara?

Le limpió la cara con cariño.

—Ella no os abandonado. Siempre estará con vosotros —la corrigió—. Solo que no era feliz. ¿Quieres tener a alguien cerca de ti que no sea feliz?

Observó los ojos negros de su padre, comprobando lo mal que lo había pasado al tomar esa decisión.

—Pero tú la sigues amando, ¿no?

Le dio un beso en las manos.

—Por eso la he dejado marchar.

—Papá...

La pareja se fundió en un gran abrazo.

Capítulo 6



Estaba tirada sobre su cama cuando recibió un WhatsApp en el móvil. Atrapó el teléfono y comprobó que se trataba de su prima Raquel.

Hola!!! Estás??? 21:20	Sí. Qué tal por Londres?? 21:25
Bien. Hablamos por Skype? 21:27	Voy!!! 21:28

Mónica se levantó corriendo para ir a la mesa que había delante de la ventana. Encendió la luz de la lámpara y abrió el portátil que siempre dejaba encendido. Esperó unos minutos a que apareciera la pantalla del escritorio y pinchó en el programa que le permitiría conversar con Raquel mientras la veía.

El tono de la llamada duró bien poco, ya que enseguida su prima apareció al otro lado de la pantalla.

—Hola, preciosa —la saludó con una enorme sonrisa.

Mónica observó a su prima y pensó que estaba guapísima. Su pelo cobrizo estaba mucho más largo que la última vez que la había visto y lo llevaba recogido en una coleta. El brillo de su piel era muy diferente a cuando

estaba enferma, resplandecía y su negra mirada mostraba a la chica feliz que había sido antes de que la enfermedad apareciera. Ya estaba curada, ya la había erradicado y, aunque debía presentarse cada cierto tiempo a las revisiones correspondientes, había muchas probabilidades de que no volviera a surgir.

—Hola, primita. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Qué tal es la *City*? ¿Y Tony? —La risa de Raquel interrumpió su interrogatorio. Suspiró y le confesó—: Te echo de menos...

—Y yo a ti. Me encantaría que estuvieras aquí, conmigo. Esto es increíble.

Mónica se rio.

—Bueno, siempre puedo coger un avión y presentarme cuando menos lo esperes.

—Cuando quieras —indicó—. Te llevaría a ver el mercado de Portobello. Podríamos ir andando por Notting Hill, que es un barrio precioso. Fue donde se rodó la película de Hugh Grant y Julia Roberts. ¿Te acuerdas?

—Sí —afirmó.

—Allí se venden muchas antigüedades y cosas curiosas. Seguro que te encantaría.

—Seguro... —señaló—. Déjame que mire el calendario y seguro que os daré pronto una sorpresa.

Raquel aplaudió de felicidad.

—Tony se va a alegrar cuando se lo diga.

—¿Qué tal Tony? ¿Cómo marcha el disco?

La joven sonrió.

—Muy bien. Aunque está muy cansado porque no paran de grabar, probar notas y mirar letras, pero está muy contento con lo que están haciendo.

—Me alegro —confirmó—. ¿Y dónde está?

—Trabajando —dijo resignada.

Mónica se rio.

—¿Y no te aburres con tanto tiempo sola?

Ella negó.

—No, me he apuntado a una academia de inglés para perfeccionar el idioma y he conocido a gente muy maja que me está enseñando la ciudad.

—Me alegro —indicó y tras ello se callaron.

El silencio las rodeó por unos segundos, sin que ninguna de las dos supiera cómo hablar de lo que sucedía.

—¿Te has enterado? —preguntó a bocajarro a su prima.

Esta asintió.

—Me ha llamado mi padre y me lo ha contado. —Posó el brazo en la mesa y apoyó su cara en la mano—. ¿Cómo estás?

La rubia suspiró.

—Si te dijera que bien, te mentiría.

Raquel movió la cabeza de manera afirmativa.

—Normal.

—Creía que mis padres estaban bien, que... —dudó— éramos una familia sin problemas y mira ahora. —Levantó los brazos al aire y los dejó caer sin fuerza.

—En todas las familias hay siempre problemas —indicó—. Unos más graves que otros, pero la vida no es un camino de rosas y lo sabes. —Hablaba desde la experiencia.

Mónica expulsó el aire que retenía en su interior.

—Lo sé, pero duele darse cuenta de que hemos estado engañados durante mucho tiempo.

—No, eso no es así —la rebatió—. Tus padres se quisieron mucho y la prueba de ello sois Israel y tú, pero ha llegado el final de su vida en común. Los dos siempre estarán a vuestro lado. Siempre, Moni.

Esta se encogió de hombros y asintió.

—Lo sé. —Atrapó con los dedos uno de sus mechones dorados y empezó a jugar con él—. Aunque ahora mi madre se ha ido de viaje...

—Ya, bueno... —Le regaló una sonrisa cariñosa—. Necesita tiempo.

—No sé si volveré a creer en el amor. Tal vez se está mejor solo...

Raquel observó a su prima y lamentó no estar más cerca de ella.

—Siempre has creído en el amor verdadero, ese que tiene el suficiente poder para aparecer cuando menos lo esperas y sobrevivir ante cualquier problema —le mencionó—. Eres una romántica empedernida. No puedes cambiar de la noche a la mañana.

Mónica sonrió.

—Quizás estaba confundida.

—Cariño, lo que ha ocurrido con tus padres no te puede influir. No puedes cambiar tu esencia. Eres mi prima, la romántica de la familia.

Se rio a carcajadas ante el comentario.

—Tal vez debería estar más en la Tierra y menos en las nubes.

Raquel movió la mano de lado a lado.

—No te digo que en ocasiones no te vendría bien...

—¡Oye! —la cortó—. ¿Qué quieres decir con eso?

Sonrió al comprobar que había conseguido alejar la tristeza que había inundado a su prima y resolvió sus dudas: —Que a veces abusas de ver todo de color de rosa o de sazonar con demasiado «brilli brilli» los acontecimientos que presencias.

Apoyó la cara en sus manos y sonrió divertida.

—En serio, no sé a qué te refieres.

Raquel se rio.

—Como cuando te inventaste una relación amorosa entre Ceci, la dueña de la hamburguesería del pueblo, y el camionero que paraba todos los días para desayunar los huevos estrellados de esta solo porque él la había llamado «preciosa».

Mónica sonrió recordando lo que decía.

—Vale, tal vez ahí me equivoqué y vi cosas que no ocurrían.

—¿Y cuándo pensaste que Dolores y el jardinero estaban liados porque él le regaló una rosa del jardín?

Se rascó la nuca avergonzada.

—Bueno, está bien —cedió—. Me gusta que la gente esté enamorada...

—Deberías dedicarte a escribir —comentó—. Tienes demasiada imaginación.

—Pero eso no es malo, ¿no? El mundo es demasiado gris y me gusta darle color.

Raquel sonrió.

—No, no es malo. Todo lo contrario. Me ayudó mucho el tenerte a mi lado cuando más lo necesitaba, aunque en ocasiones temiera que me detectaran diabetes.

Mónica se rio a carcajadas.

—Eres una exagerada.

Le guiñó un ojo.

—Sí, puede ser, pero gracias.

Negó con la cabeza.

—No tienes que darlas. Lo hice encantada.

—Te quiero.

—Te quiero, prima.

—Joo... ¡Tienes que venir! —reclamó.

La rubia se rio.

—Lo prometo. El mes de julio lo pasé en Madrid, pero agosto, con este calor, aquí... Creo que será muy largo y aburrido.

—¿Y Lucas? —se interesó.

—¿Lucas? ¿Qué pasa con Lucas? —preguntó haciéndose la despistada.

—Lucas está allí, ¿no?

Su prima se encogió de hombros.

—Sí, claro. Creo que trabajará todo el mes en la clínica de su padre.

—¿Y?

—¿Y?

—¡Mónica! —le gritó sorprendiéndola—. No te hagas la tonta.

Bufó con fuerza.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que me digas de una vez que estás enamorada de él —señaló dejándola sin palabras.

Capítulo 7



—¿Cómo lo sabes?

Raquel se rio.

—Me lo acabas de confirmar —respondió.

Mónica se enfurruñó.

—Me has engañado...

—No, cariño. —Bajó el tono de voz—. Ya sospechaba algo, pero necesitaba que tú me lo dijeras.

Se enredó el mechón rubio en el dedo y lo desligó a continuación sin mirar a su prima.

—¿Tan evidente es?

Le sonrió.

—Para alguien que no te conoce, no; pero para mí... —Dudó—. Moni, ya de niña ibas detrás de él a todos lados. Me obligabas a ir contigo para espíarle... —le recordó.

—Y de Israel —se justificó.

Raquel se agarró las manos y apoyó la barbilla sobre ellas.

—Pero porque Lucas y tu hermano siempre van a todos los sitios juntos.

—Tal vez es solo que me gustaba estar con ellos. —Se encogió de hombros.

La chica que hablaba desde Londres se carcajeó.

—No te voy a contradecir en que los mejores recuerdos de mi infancia los tengo con ellos, pero, Moni...

—Sí...

—Estar en la misma habitación que vosotros dos es un peligro...

—No sé a qué te refieres —la interrumpió.

—Os buscáis con la mirada cuando no discutís y cuando entabláis alguna conversación, por nimio que sea el tema, acabáis enfrentándoos.

—¿Y por eso es un peligro? —se interesó—. Últimamente no encontramos temas afines.

—Es un peligro porque temo que una de las veces le lances cualquier objeto que tengas a mano a la cabeza y te recuerdo que no tienes muy buena puntería.

Mónica se rio.

—Eres una exagerada.

Raquel también se carcajeó.

—Quizás, pero ya sabes a lo que me refiero.

La rubia subió la pierna derecha a la silla y apoyó el brazo en ella.

—Lo sé. No sé lo que me pasa... —reconoció a media voz.

—Son muchos años reteniendo esos sentimientos y necesitas que salgan a la luz.

Mónica observó a su prima.

—No es tan fácil.

—¿Por qué? —se interesó—. Estoy segura de que, si le dices a Lucas lo que sientes, él te corresponderá. Se ve a la legua que siente lo mismo por ti.

Le sonrió con pesar.

—Lo sabe...

—¿Qué sabe? —la interrumpió—. ¿Sabe que le amas?

Se pasó la mano por los ojos buscando cómo explicarle lo que ocurría entre el médico y ella.

—Cuando nos enrollamos...

—Eeh... ¡Os enrollasteis! —la cortó arrancándole una sonrisa cómplice.

Mónica asintió.

—Hace unos años.

Raquel estiró los brazos y se pasó las manos por la cabeza.

—Primita, creo que tienes que contarme muchas cosas.

Esta se rio.

—Fue cuando cumplí dieciséis...

—¿En tu cumpleaños? —Asintió—. Lo sabía, sabía que algo había sucedido. Estabas muy rara al final de la fiesta.

—Voy a por un vaso de agua y regreso, ¿de acuerdo?

Raquel movió la cabeza afirmativamente.

—Vale, pero no te escaquees, que te conozco.

—Te lo prometo. —Hizo la señal de la cruz sobre su corazón y se levantó de la silla.

Se acercó hasta la mesilla donde estaba el vaso de agua que se había subido de la cocina y, en vez de cogerlo de inmediato para volver al portátil, donde la esperaba su prima, se sentó sobre la cama. Desde ahí Raquel no podía verla y necesitaba unos minutos para mentalizarse de lo que le iba a contar. Habían pasado tres años desde el encuentro que tuvo con Lucas y, aunque creía que con los años debía haberlo olvidado, el recuerdo de ese momento estaba muy presente en su memoria. Sobre todo cuando las miradas de los dos se encontraban y se alejaban huyendo de su atracción.

Tomó el aire que necesitaba y se dirigió de nuevo al portátil.

Raquel seguía en la misma posición, expectante.

—¿Y el agua? —le preguntó cuando observó que se sentaba en la silla sin llevar nada en las manos.

—He bebido y la he dejado en la mesilla —explicó sin convencerla.

—Vale —comentó sin insistir mucho en ese tema—. ¿Qué ocurrió en la fiesta?

—Después de abrir los regalos me obligaste a salir del bar de Ceci...

Raquel asintió al recordar.

—Sí, queríamos preparar el local de cara a la llegada de la tarta.

Mónica afirmó con la cabeza.

—Cuando estaba fuera, esperando sentada en uno de los escalones de la hamburguesería, apareció Lucas.

—Llegó tarde porque ese día anunciaban dónde le concedían la residencia...

—Ajá —asintió—. Estaba contento porque podría hacerla en la clínica de su padre y había ido a celebrarlo con algunos compañeros de la facultad...

Tres años antes...

—Hola, preciosa... —la saludó en cuanto salió del coche—. ¿Qué haces aquí sola?

—Me han echado —dijo divertida.

Lucas la observó apoyado en la puerta del vehículo con los brazos cruzados.

—¿En tu cumpleaños? —Movi6 la cabeza de forma afirmativa—. Algo habr6s hecho mal.

M6nica se rio.

—Seguro, ya sabes que no soy una ni6a buena.

Lucas asinti6 conforme con ella.

—No, en realidad eres un diablillo.

—Oye, estar6s hablando en broma, ¿no?

La risa de 6l la atraves6, provocando que su cuerpo temblara.

—¿Tienes fr6o? —Asinti6 de nuevo—. Creo que tengo algo dentro del coche...

M6nica se levant6 y se dirigi6 hacia 6l, que acababa de abrir el maletero buscando alguna prenda que la abrigara.

—¡Lo encontr6! —grit6 de j6bilo cuando sac6 una vieja chaqueta y se la mostr6.

La joven se rio.

—Me va a estar enorme.

—Pero har6 su funci6n —se6al6 ech6ndosela sobre los hombros y ayud6ndola a pon6rsela—. Y ahora... —La levant6 como si no pesara nada y la sent6 en el maletero.

—¿Ahora? —repiti6 divertida.

—¿Quieres tu regalo? —le pregunt6 travieso sin apartar la mirada de ella, acariciando su mejilla.

—¿Tienes un regalo para m6?

Le gui6o un ojo.

—Por supuesto —indic6 con tono ofendido—. ¿Cre6as que me hab6a olvidado de tu cumplea6os?

Encogi6 los hombros.

—Has estado muy ocupado con los ex6menes...

La agarr6 de la barbilla y elev6 su cara, buscando sus ojos celestes.

—Nunca me olvidar6a de tu cumplea6os, M6nica.

Las mejillas de la chica enrojecieron.

Las miradas de los dos se enlazaron, alej6ndolos del mundo exterior. Nada importaba m6s que ellos dos.

—¿Y qu6 es? —Rompi6 el hechizo t6mida ante lo que comenzaba a sentir.

Lucas sonri6, le golpe6 la punta de la nariz y busc6 en el bolsillo de su vaquero.

—Felicidades, preciosa. —Le mostró una cajita cuadrada envuelta en papel dorado.

Mónica no dudó en arrebatarla de la mano con curiosidad. Quitó el papel de regalo con cuidado y abrió la parte de arriba de la caja, quedándose sin palabras en cuanto vio lo que escondía su interior.

—¿Te gustan? —preguntó inquieto ante su silencio.

—Sí, sí... —respondió de inmediato cogiendo los pendientes de plata con forma de atrapasueños para ponérselos en las orejas—. ¿Qué te parece? —Giró la cara para mostrarle su regalo.

—Que te quedan mejor de lo que esperaba —comentó divertido al ver la ilusión que le habían hecho.

—Gracias, Lucas. Son preciosos.

Este sonrió.

—¿Y mi beso de agradecimiento?

Mónica asintió feliz. Se abalanzó sobre él, agarrándole de la nuca, y le dio un beso, pero por culpa de su efusividad en vez de dárselo en la mejilla, acabó posando la boca sobre sus labios.

La joven se echó hacia atrás de inmediato, en cuanto se dio cuenta de su error. Se llevó la mano a la boca y bajó la mirada avergonzada. Esperaba que se abriera un gran agujero en la tierra que la engullera.

Lucas sonrió, le apartó la mano de la boca y atrapó su barbilla.

—No pasa nada. Todo lo contrario... —Le guiñó un ojo—. Ha estado bastante bien, aunque se nota que necesitas practicar más.

Mónica le golpeó el estómago.

—No seas tonto. —Sonrió—. No puedes deducir eso cuando ha sido solo un error.

La ceja del joven se elevó y le regaló una traviesa sonrisa.

—¿Me estás diciendo que ya tienes experiencia besando?

La cara de ella adquirió una tonalidad rosada.

—Algo...

Posó sus manos en el coche, a ambos lados de su cuerpo, acercándose a ella.

—Pero... —Sonrió—. ¿Esa experiencia es buena o mala?

Se encogió de hombros.

—No sabría decirte.

—Yo te puedo enseñar y así comparas —susurró muy cerca de ella.

Ella lo miró sorprendida ante su proposición.

—Lucas, no juegues conmigo.

Acarició su mejilla llevando los dedos hasta sus labios.

—A veces está bien jugar.

Los ojos celestes observaron los oscuros, comprobando una tonalidad diferente en su mirada, y se mordió el labio sin saber muy bien qué hacer.

—A veces esos juegos queman —murmuró.

Acercó todavía más su rostro al de ella.

—A veces jugar con fuego es divertido —soltó enfrentando sus miradas brevemente, para descender su atención de nuevo a los labios donde la lengua femenina asomaba con timidez atrayéndolo.

Sin pensárselo mucho, posó su boca sobre la de ella, arrancándole un pequeño grito de sorpresa.

Atrapó su labio inferior para pasar con rapidez al superior, incrementando la caricia. La acarició con la lengua, buscando ahondar con el beso, siendo de inmediato correspondido por la efusividad de su compañera.

Mónica llevó las manos a su nuca sin pensar en lo que ocurría. Solo quería disfrutar del momento que llevaba soñando casi toda su vida y enredó los dedos en su rubio cabello, mientras las bocas jugaban y sus lenguas se encontraban.

Se acercó aún más a ella, colándose entre sus piernas, buscando una mayor intimidad que ni el momento ni el lugar les ofrecía e incrementó sus caricias.

Las manos de Lucas se trasladaron hasta su cintura, desapareciendo por debajo de la blusa, encontrándose con la tersa y suave piel, y ascendieron con velocidad hasta posarse sobre sus pechos.

La necesidad de deleitarse con su sabor le sorprendió.

Se apartó de su boca, recibiendo una queja silenciosa por parte de su compañera que de inmediato se desvaneció cuando posó la boca en su cuello, dejando un reguero de besos húmedos hasta morderla en el lugar donde se encuentra el hombro con el cuello. Marcándola...

Mónica gimió de placer, el mismo placer que él sentía por ella, y se separó de golpe de su cuerpo.

Darse cuenta de cuánto la deseaba fue para Lucas como echarse por encima un jarro de agua fría para aplacar su pasión.

Se apartó de ella, alejándose del coche, dándole la espalda...

—Lucas... —lo llamó confundida, yendo detrás de él. Trató de tocarlo, pero cuando sintió sus intenciones, se apartó todavía más de ella, como si

hubiera recibido una descarga eléctrica—. ¿Qué pasa?

—Esto ha sido un error...

Lo miró extrañada.

—¿Un error?

Se volvió y la enfrentó en medio de la oscuridad.

—Sí, perdona. —Atrapó sus manos—. No debí empezarlo, no debí...

Mónica se soltó de su agarre con fuerza y dio dos pasos hacia atrás, dolida por sus palabras.

—¿Por qué?

Se llevó su mano a la cabeza y apartó su mirada. No soportaba verla en ese estado. Sabía que estaba dolida por sus actos y que toda la culpa era de él.

—Mónica, no puede ser...

—¿Por qué? —insistió interrumpiéndole—. Yo te quiero...

Él la observó sorprendido ante su declaración. Se acercó a ella, con intención de agarrarla de nuevo, pero, viendo sus intenciones, fue esta vez la chica la que se alejó de su lado.

—No sabes lo que dices —la rebatió—. Eres muy joven. Todavía te queda mucho por descubrir, por ver... Aún tienes que averiguar qué es en realidad el amor.

Lo miró incrédula.

—¿Soy muy joven? —Lucas asintió—. ¿Que no sé lo que es el amor? —repitió como si acabara de darse cuenta de que estaba con un extraño.

—Soy mayor que tú...

—Seis años, Lucas —le cortó—. Solo seis años.

—Solo tienes dieciséis, Mónica. Vas a ir a la universidad, conocerás a más gente...

Lo miró sin comprender.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que acaba de suceder entre nosotros? ¿Con el beso? —le exigió alzando la voz.

—Moni... —la llamó, yendo hacia ella.

Esta alzó las manos obligándolo a detenerse justo cuando escucharon como la puerta de la hamburguesería se abría.

Capítulo 8



—Yo fui la que salió a por ti —recordó Raquel, interrumpiendo su historia.

Mónica suspiró y asintió.

—Sí —confirmó—. Viniste a buscarme porque ya estaba preparada la tarta y había que soplar las velas.

Su prima se la quedó mirando sin saber muy bien qué decir.

—Lo siento, yo...

—No, no... No pasa nada. —Se apartó el cabello de la cara—. Incluso debería agradecerte que aparecieras en el momento justo.

Raquel arrugó los labios.

—¿Y no habéis hablado más del tema?

La rubia negó.

—El mensaje me quedó bien claro. No quiere saber nada de una cría como yo. —Movié la mano como si estuviera leyendo un cartel luminoso.

—Moni, han pasado tres años...

—Sigue siendo seis años mayor que yo.

—Pero eso es una tontería —escupió haciéndola reír.

—Tú lo sabes, yo lo sé, pero él parece ser que no. —Se encogió de hombros.

—Bueno, quizás lo hizo por ti.

—¿Por mí? —preguntó extrañada.

—Piensa que eras menor de edad en ese momento, pero ahora...

Mónica pensó en lo que su prima indicaba.

—No, no, ante la ley ya con dieciséis era mayor de edad —la corrigió—. Además, ahora ha tenido la oportunidad y no ha querido...

La joven tosió casi atragantándose con la información que le daba.

—¿Que ha tenido la oportunidad?! —Asintió—. Moni, ¿qué ha pasado?

Las mejillas de la mencionada enrojecieron de pronto.

—En realidad, nada... —dudó—. Me llevó al granero...

—¿A mi granero? —la interrogó.

Se rio y asintió.

—Que digo yo que ya podrías habérmelo enseñado tú, bonita.

La cara de Raquel cambió, pasando de la felicidad a la tristeza en un segundo.

—En ese tiempo no estaba yo muy pendiente de lo que debía o no hacer —confesó.

Mónica se abalanzó sobre la pantalla odiando en ese momento estar tan lejos de su prima, lo que le impedía abrazarla.

—Lo sé, cariño —indicó con rapidez—. Era solo un comentario. No quiero que te sientas mal o que pienses que yo...

—No, tranquila —la cortó—. Solo que he recordado lo que significa para mí ese edificio.

—Es precioso —comentó recibiendo un movimiento afirmativo por parte de ella—. Y el paisaje que se ve desde el piso superior, increíble.

—¿A que sí? A Tony le sirvió para que sus musas volvieran a aparecer y así pudo componer la canción que le hizo regresar.

Mónica se carcajeó.

—Conque has llevado a Tony allí, picarona —le tomó el pelo.

Raquel enrojeció al escucharla.

—Bueno... Sí... Lo necesitaba —dijo a media voz.

La rubia se rio de nuevo.

—Ya veo qué necesitaba —la picó.

—No seas mala —la regañó.

—¿Yo? ¿Mala? Si soy un angelito.

La chica que estaba en Londres se carcajeó.

—Un angelito con alas negras.

—El negro favorece —señaló divertida, riéndose a la par que su prima.

—Espera... —le ordenó Raquel desapareciendo de la pantalla del ordenador para aparecer a continuación con una botella de agua de la que bebía—. Y ahora...

—¿Ahora?

—Que me digas qué sucedió en el granero —le ordenó—. Eres una experta en cambiar de tema cuando no te interesa.

Mónica sonrió.

—Tú, que en cuanto te hablan de Tony, te olvidas del resto.

Raquel sonrió con timidez y añadió:

—No vuelvas otra vez que te veo venir.

Su prima suspiró.

—De acuerdo —cedió—. Estábamos tumbados encima del heno, uno enfrente del otro, y casi nos besamos.

—¡Sí!

—Bueno, bueno... Eso me pareció a mí. —Tranquilizó sus ánimos—. Tal vez fueron solo imaginaciones mías.

Raquel arrugó el ceño y le preguntó:

—¿Se apartó él? —Mónica asintió—. Y luego ¿qué pasó?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Me trajo a casa.

—¿Hablasteis?

Negó con la cabeza.

—Apenas cruzamos dos frases sobre el tiempo, y porque estaba lloviendo.

—¿Cómo estaba él? —la interrogó.

Llevó sus manos por debajo del cabello y se lo levantó intentando que llegara algo de aire a su nuca para refrescarse. Hacía demasiado calor para ser de noche.

—Raro... —Pensó en lo que había ocurrido—. Los dos estábamos raros. No sabíamos qué decir o hacer y, cuando llegamos a casa, ni se bajó del coche para hablar con mi padre como hace otras veces. Era como si quisiera salir corriendo, para alejarse de mí.

Raquel dio una palmada en el aire.

—Vale que no estuve allí, pero por lo que me explicas no parecen imaginaciones tuyas, Moni.

Soltó el aire que retenía en su interior sin saberlo.

—¿No?

Su prima negó.

—Parece que todo indica que Lucas se siente atraído por ti, pero teme dar el paso.

Se rascó la cabeza.

—¿Por qué?

Raquel se encogió de hombros.

—Vete tú a saber. Los hombres dicen que nosotras somos muy raras, pero ellos también se las traen.

Se rieron a la vez.

—¿Crees que le gusto?

Apoyó la barbilla en sus manos y la miró a través de la pantalla del ordenador.

—Pienso que, tras los años que llevas enamorada de Lucas, debes ir a por él. Nuestro médico favorito necesita que su vida se ponga patas arriba, derribar las barreras que se ha construido y que le impiden acercarse a ti como creo que quiere.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si tan solo soy para él una amiga?

Raquel se encogió de hombros.

—El no ya lo tienes. Debes luchar por lo que quieres, aunque eso suponga arriesgarte a perder.

Asintió con lentitud, asimilando lo que le decía.

—Lo pensaré...

—Nada de eso —la cortó—. Son las diez y media de la noche de un sábado y estás en casa. ¡Tú! ¡En casa!

—Estaba cansada.

Chascó con la lengua negando al mismo tiempo con la cabeza.

—No te creo —le rebatió—. Estabas dándole vueltas en esa cabecita a todo lo que hemos hablado. —Golpeó la pantalla del ordenador con el dedo.

Sonrió sintiéndose culpable.

—Puede que tengas razón.

—Puede, no. Tengo razón. —Le guiñó el ojo—. Ahora mismo vas a llamar a Jaime para saber dónde está, aunque conociéndole estará trasteando con sus cacharros en el garaje de su casa, y os vais a tomar algo al bar de Ceci.

Bufó sin ganas.

—Quizás Jaime no tenga ganas...

—Espera —la cortó.

Raquel tomó su móvil y mandó un WhatsApp.

—¿Qué haces?

—Hablar con Jaime, nuestro amigo —señaló lo evidente—. Dice que te pases a buscarlo a su casa y que no tardes, que todavía no ha cenado.

Mónica se rio.

—Prima...

—¿Sí? —le preguntó sin mirarla mientras seguía hablando por medio de mensajes con su amigo.

—Gracias por estar a mi lado.

—Eres mi prima y mi amiga, es lo menos que debía hacer: estar a tu lado —le guiñó un ojo.

Capítulo 9



Jaime y Mónica estaban en el bar de Ceci desde hacía media hora. Les habían servido las hamburguesas que habían pedido con sus correspondientes patatas fritas y un par de refrescos de cola mientras no paraban de charlar.

Hablaban de Londres y de la suerte que tenía Raquel de estar allí, aunque eso supusiera que llevaban bastante tiempo sin verla en persona, al mismo tiempo que comían de sus platos.

Jaime, después de que apareciera Tony en la vida de su amiga y de que pasara el tiempo necesario para que su corazón asumiera que debía pasar página en lo concerniente a sus sentimientos hacia Raquel, volvió a retomar su amistad con ella. Se conocían desde hacía muchos años y ninguno de los dos sabía vivir sin tener a su mejor amigo al lado, contándose sus confidencias o estando simplemente cerca de él por si alguna vez necesitaban ayuda.

Los tres eran muy amigos y sabían que podían contar con cualquiera de los otros dos si se requería.

Siempre estarían allí.

Mónica observó como su amigo se llevaba la hamburguesa a la boca y sonrió agradecida. Después de la conversación que había mantenido con Raquel, se sintió querida y apoyada por los dos. Jaime no pidió ninguna explicación que le aclarara por qué debía estar en la hamburguesería a su lado. Solo sabía que tenía que estar allí y eso había hecho.

Mordió su hamburguesa y sintió como la salsa se deslizaba sobre su cara sin poder evitarlo.

Jaime atrapó veloz una servilleta de papel y se la limpió al mismo tiempo que los dos se reían sin poder evitarlo.

Justo en ese momento la puerta del bar se abrió dejando paso a Lucas y a Israel. No estaban solos. Iban acompañados de algunos de los miembros de la pandilla de amigos con los que salían cuando estaban en el pueblo. Chicos y chicas a los que Mónica ya conocía porque a veces coincidían en las salidas, pero se olvidó de ellos y solo se fijó en como una de las muchachas agarraba el brazo del médico con demasiada confianza.

Lucas la vio en cuanto cruzó el umbral de la hamburguesería y torció el gesto al fijarse como Jaime le limpiaba la cara. Se acercó hasta la barra del bar junto al resto de la pandilla y pidieron algo de beber.

Israel no dudó en acercarse a la mesa que ocupaba su hermana y su amigo.

—Pensé que no saldrías esta noche —le comentó agarrando una de las sillas que había cerca de ellos para sentarse tras quitarle una patata frita a Mónica.

—Cambié de opinión —indicó esta mordiendo de nuevo la hamburguesa. Israel tomó el vaso de refresco de ella y bebió.

—¡Oye! Pídete algo y deja en paz mi comida —le increpó recibiendo una sonrisa lobuna.

—Tengo hambre y Ceci tardará en servirnos —le guiñó un ojo divertido—. Hoy esto está hasta arriba.

—Sí, es verdad. Parece que todo el pueblo ha decidido pasarse por aquí —señaló Jaime ofreciéndole su plato de patatas para que dejara de comer del de su amiga.

Israel no tardó en aceptar la invitación.

—Muchas gracias. Tú sí que eres buena persona, no como esta ingrata...

Le golpeó en la pierna arrancándole un grito.

—Isra, no te pases.

Se rio a carcajadas atrayendo la atención de los allí reunidos. Le pellizcó la mejilla para luego darle un beso en el mismo lugar.

—Ya sabes que te quiero, hermanita.

Esta gruñó.

—Yo tampoco lo puedo evitar —comentó regalándole una sonrisa cariñosa.

El joven apoyó su mano en el vaquero negro de ella y se le acercó para preguntarle:

—¿Estás bien? Me tienes preocupado.

Ella asintió.

—Solo necesito tiempo para asimilar la nueva situación...

Le dio otra vez un beso en la mejilla.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Le devolvió el beso.

—Isra, ¿tú lo llevas mucho mejor que yo?

Este se encogió de hombros.

—También intento entenderlo, pero he llegado a la conclusión de que es su vida y, si ellos no eran felices, es lo mejor que debían hacer.

Mónica movió la cabeza de forma afirmativa, de acuerdo con su conclusión. Empezaba a pensar que, aunque no estuviera contenta con lo ocurrido entre sus padres, si ellos habían optado por ese camino era por su bien. Era lo mejor para la familia, para todos.

—Hola, chicos —los saludó Lucas acercándose a la mesa. Jaime movió la cabeza a modo de saludo y Mónica se llevó la hamburguesa a la boca para evitar dirigirle la palabra—. Isra —dijo apoyando su mano en el hombro de su amigo para atraer su atención—, Ceci nos ha puesto una mesa detrás para que no estemos de pie.

El joven asintió conforme. Se levantó de la silla y le robó otra vez una patata a su hermana, recibiendo un nuevo grito de queja que de poco le sirvió, porque los dos chicos se alejaban de la mesa sin mirar atrás.

—¿Estás bien? —Jaime se interesó por ella en cuanto se quedaron solos.

Mónica asintió. Ya le había contado lo de sus padres, por lo que no sabía a qué venía esa pregunta.

—Sí, ya hemos hablado de ello, pero creo que poco a poco lograré asumirlo.

Su amigo agarró su refresco y bebió de él.

—No te preguntaba por eso.

Lo miró confusa.

—Entonces, ¿de qué?

Agachó la cabeza animándola a que le imitara, intentando buscar una mayor intimidad.

—¿Qué ocurre entre Lucas y tú?

Ella se quedó blanca ante la pregunta.

—No sé a qué te refieres. —Atrapó una patata y comenzó a mojarla en el ketchup.

Jaime agarró su mano en cuanto se llevó la patata a la boca y la obligó a mirarle.

—No hace falta que me lo expliques, pero, según ha entrado en el bar, tú has cambiado y él, bueno... —dudó—, cuando se ha acercado a nosotros ha sido como pasar de agosto a diciembre de golpe.

Bebió de su refresco.

—Es complicado...

Él asintió no muy de acuerdo con su respuesta, pero sin querer insistir más.

—Solo te digo que, si me necesitas, estoy aquí.

Le acarició la mejilla con ternura y asintió.

—¿Por qué no me habré enamorado de ti?

Su amigo le guiñó un ojo.

—Debe de ser que no tengo ningún atractivo para las chicas Torres.

Mónica se rio con fuerza, le dio un beso en la mejilla y observó sus ojos verdes.

—Debemos de ser muy tontas.

Jaime se encogió de hombros y le manchó la punta de la nariz con ketchup al mismo tiempo que decía:

—Pero en el fondo os quiero.

Mónica se rio, agarró un par de patatas y se las tiró a la cara.

—Yo también te quiero.

La pareja comenzó a reírse a la vez, mientras recuperaban el ambiente distendido que habían compartido antes de la aparición de Lucas en el local, sin prestar atención a lo que los rodeaba. Sin darse cuenta de que desde el fondo del establecimiento, donde estaba la mesa en la que habían sentado a Israel y al resto de la pandilla, el médico no les quitaba el ojo de encima.

Capítulo 10



Mónica le dio las llaves a Jaime para que se dirigiera a la camioneta mientras ella iba al servicio.

Giraba por el pasillo que llevaba al cuarto de baño de las chicas cuando una mano tiró de ella hacia una pequeña habitación que le servía de almacén a la dueña de la hamburguesería.

La puerta se cerró con un golpe seco y la oscuridad la rodeó. Por unos segundos sintió miedo.

De pronto, la pequeña bombilla que colgaba del techo se encendió y pudo reconocer al causante de que ella se encontrara allí.

—Eres tonto —lo acusó golpeándole en el estómago—. Me has asustado.

Lucas se restregó la cara con la mano sin decirle nada. Se dirigió al otro lado de la habitación y se apoyó en la pared, sin apartar su mirada de ella.

Mónica posó su espalda en la puerta, se cruzó de brazos y lo observó enfadada.

Por un segundo pensó que su atractivo era un peligro para la salud pública.

Iba vestido con un vaquero negro y una camiseta de manga corta del mismo color. En su brazo bronceado resaltaba un reloj de correa plateada, regalo de fin de carrera de su padre, y sus manos... La joven tenía fascinación por sus manos. Grandes, de dedos largos que llamaban la atención con cualquier movimiento y que, cuando la agarraban o acariciaban, conseguían que las mariposas de su estómago revolotearan alteradas.

Tenía el cabello corto, compuesto por mechones rubios que no seguían un orden prefijado, como el que se asentaba sobre su frente en ese momento dándole un toque travieso. Comprobó que una barba incipiente comenzaba a aparecer en su mentón cuadrado, evidenciando la necesidad de un afeitado y, aunque desde donde se encontraba y con la escasa luz que había en el cuarto, no podía ver bien sus ojos, conocía de memoria su mirada azul. Siempre pensaba en ella como si se tratara del mar en un día de tormenta. Una tonalidad que variaba dependiendo del estado del médico y que adoraba observar cuando él no se daba cuenta.

Esperó unos minutos, en silencio, deleitándose con las vistas que tenía, cuando el sonido de su móvil la devolvió al presente. Lo sacó del bolsillo trasero de su vaquero y comprobó que era un WhatsApp de Jaime:

Qué haces??

Te has colado por la taza del váter??

00:15

Diez minutos.

00:18

Guardó el teléfono en el mismo sitio y miró a Lucas con cara de pocos amigos. Se estaba cansando de esta pantomima y, aunque no le desagradaba estar en la misma habitación que él, no entendía la razón por la que se encontraba allí.

—¿Se puede saber qué quieres? —exigió—. Me traes aquí y te quedas callado, mirándome. Jaime me está esperando...

—Jaime...

—Sí, Jaime. Nuestro amigo. ¿Te acuerdas de él? —preguntó con sorna.

Tensó la mandíbula y abrió las manos para cerrarlas a continuación.

—¿Qué estás haciendo?

Ella negó con la cabeza, confundida.

—No sé a qué te refieres.

Se acercó hasta ella con gesto sombrío.

—A Jaime y a ti.

La risa femenina los envolvió.

—¿Estás loco? —Se apartó el cabello de la cara y llevó una de sus manos a la cadera, sin apartar su mirada de la de él.

Este avanzó un par de pasos más arrinconándola, colocando una mano por encima de su cabeza y acercando su cara a la de ella.

—Os he visto...

—¿Y? Estábamos comiendo una hamburguesa, como siempre que venimos a donde Ceci.

—Moni, ayer con el chico del pub y hoy con Jaime...

El sonido seco de un bofetón interrumpió lo que fuera a decir.

Los dos se miraron, calibrando sus fuerzas.

La mirada celeste anclada en la oscura.

La tensión se palpaba en el ambiente mientras sus ojos se enfrentaban, sin que ninguno pretendiera dar su brazo a torcer.

Una batalla campal en la que las palabras no tenían cabida y los sentimientos luchaban por salir al exterior sin permiso de sus dueños.

Mónica, dolida por lo que había insinuado, no pensaba quedarse ni un segundo más a su lado.

—Me voy —anunció mientras se volvía dándole la espalda, buscando el picaporte de la puerta, pero no llegó a encontrarlo.

Lucas la agarró del brazo y la devolvió a la misma posición.

La joven fue a decirle algo, pero su queja se ahogó en su garganta cuando el médico posó su boca sobre la de ella, acallándola. Atrapó su cara con las manos, buscando incrementar el beso, animándola a que le respondiera con su misma energía, a lo que ella no dudó en corresponderle.

Mónica llevó las manos hasta su cabeza con rapidez, enredando los dedos entre sus mechones rubios, mientras le devolvía la caricia húmeda que tanto había añorado.

Era una lucha sin rival.

Una batalla de caricias en la que ambos buscaban saciar la pasión que sentían.

La lengua masculina delineó sus labios, solicitándoles un mudo permiso que se vio concedido de inmediato, en cuanto la boca de Mónica se abrió y su gemela salió a recibirla.

Un gemido de satisfacción se escuchó en mitad del almacén acompañando sus respiraciones, que aumentaban en intensidad.

Lucas la levantó en el aire, obligándola a que enrollara las piernas en sus caderas. Haciéndola muy presente del deseo que sentía hacia ella.

La joven deslizó las manos por su espalda con imperiosa urgencia hasta que se perdieron por debajo de su camiseta y pudo acariciar sus músculos.

Él la apoyó sobre la puerta con fuerza, arrancándole un nuevo gemido al sentir su miembro endurecido sobre su parte más íntima sin despegar sus bocas, besándose con desesperación.

Llevó una mano por debajo de su blusa y buscó con ansia enfebrecida el pecho que se escondía tras el sujetador blanco. Sin ninguna delicadeza atravesó el suave encaje, atrapando el seno con un hambre feroz.

Mónica gimió de nuevo ante el contacto.

Abandonó su boca y descendió por su cuello prodigándole multitud de besos hasta toparse con el tirante de la blusa que apartó sin ninguna delicadeza, cayendo la prenda con libertad, exponiendo la desnudez de su dueña ante su mirada famélica.

El pecho desnudo apareció ante sus ojos y, sin demora, atrapó con su boca la areola rosada, deleitándose con el sabor de su piel.

Mónica sollozó de placer ante su contacto.

Llevó sus manos hasta el trasero masculino y le urgió a que se acercara todavía más a ella, encorvándose ante el contacto de sus cuerpos. Deseó que la ropa desapareciera, que sus cuerpos desnudos se acariciaran para sentir aún más cerca a su amante pero, al no ser posible, buscó saciarse con sus caricias, palpando su firme estómago y delineando cada uno de sus músculos con reverencia.

Lucas mordió el pezón enhiesto provocando que miles de calambres recorrieran el cuerpo femenino. Lamió con enfebrecida necesidad el botón rosado y succionó con urgencia, arrancándole un grito de satisfacción.

—Lucas...

La voz de Mónica traspasó su mente enloquecida y le hizo reaccionar.

Expulsó el aire que retenía su cuerpo, intentando alejar el fuego que anidaba en su interior y que por unos segundos había tomado el control.

Ella supo que algo había cambiado en cuanto sintió como su cuerpo se tensaba ante sus caricias.

Sintió como le colocaba el sujetador con delicadeza, escondiendo el fruto prohibido a su mirada, y le subía el tirante hasta su sitio original.

Lucas observó la pasión que se había adueñado de sus ojos celestes y por un segundo... Por un segundo estuvo tentado de continuar donde lo había dejado.

Pero no podía.

Se apartó de ella, retirando la mirada de su rostro con pesar, y buscó el lugar más alejado para obligar a su corazón a que retomara su ritmo normal.

Mónica lo miró enfadada.

Confundida...

No comprendía lo que sucedía.

Se recolocó la ropa y se pasó la mano varias veces por el cabello, intentando adecentarlo mientras buscaba qué decir. No podía creer que volviera a vivir lo mismo, que le hiciera lo mismo.

—¿Ya está? —le preguntó sin saber muy bien qué esperaba.

Él resopló.

—Perdóname, Mónica...

—No —le gritó—. No quiero más disculpas.

—Deja que me explique...

—¡Que te expliques! —Se acercó a él sintiendo como la oscuridad se cernía sobre ellos. En esa zona del almacén no había tanta luz, lo que impedía que pudiera apreciar bien su cara, sus gestos, su mirada—. Lo has vuelto a hacer. Has vuelto a descolocar mi vida. —Le golpeó en el hombro—. ¿Y para qué?

—Moni...

—Igual que hace tres años —le recordó—. Llegas y me haces ver lo que es el deseo, lo que mi cuerpo clama al cielo y busca satisfacer. —Enfrentó su mirada—. A ti. Te deseo desde hace muchos años, Lucas.

Este se apartó el pelo de la cara y suspiró.

—Yo no quería esto.

Se rio con frivolidad.

—¿No querías qué? De verdad que me tienes por estúpida o tú eres muy tonto —soltó—. ¿Qué pretendías al traerme aquí? Los dos solos. —Los señaló a ambos—. Me besas como si estuvieras sediento de mis besos. Haces que mi cuerpo anhele tus caricias para, en el último momento, arrepentirte.

—No debería haber sucedido —insistió—. No debí besarte.

Mónica lo miró sin comprender.

—¿Por qué? —le interrogó—. ¿Por qué no puedes besarme? ¿Por qué no podemos estar juntos?

Lucas intentó atrapar sus manos, pero ella se apartó de él, impidiéndoselo.

—Soy demasiado mayor para ti...

Se carcajeó interrumpiéndole.

—Doctorcito, esa es la peor excusa que puedes darme —comentó con chanza—. Cuando cumplí dieciséis años, era muy joven y ahora, con diecinueve... ¿también?

—La diferencia de edad...

Elevó las manos al techo para dejarlas caer a lo largo del cuerpo sin fuerzas.

—La diferencia de edad —repitió—. Seis años...

—Tenemos otros intereses, nos gustan cosas distintas y no opinamos igual en muchos temas. Yo tengo una experiencia y tú... —dudó—, todavía te queda mucho por descubrir.

Mónica se rio de nuevo, apartándose el cabello de la cara.

—¿Lo haces por mí? —preguntó incrédula.

Él asintió.

—Es lo mejor para ti.

Se acercó de nuevo hasta él, deteniéndose a pocos metros de su cuerpo sin tocarle.

—Nos conocemos desde hace muchos años y sabes muy bien cuáles son mis intereses, mis gustos y mis opiniones —repitió sus excusas—. Aunque sean diferentes a los tuyos, hemos convivido de maravilla todo este tiempo. Sí, con algunas discusiones, pero como cualquier amistad. Siempre hemos estado bien juntos —señaló.

—Es diferente cuando se trata de una pareja.

—Esa diferencia consigue que muchas parejas no caigan en la rutina o en la desidia —insistió—. Es un pretexto y lo sabes, doctorcito.

Lucas acercó su cara hasta la de ella, dejando tan solo unos milímetros de separación, lo que la llevó a creer que la besaría de nuevo.

—Lo hago por ti —susurró.

Observó sus ojos azules mientras escondía las manos en los bolsillos del vaquero, evitando volver a tocarle como deseaba, y negó con la cabeza.

—Lo haces por ti —le espetó dándole la espalda para salir por la puerta, dejándolo solo.

Capítulo 11



Lucas e Israel estaban ayudando al tío de este último a preparar cajas con ropa y juguetes que llevarían después a los servicios sociales, para que los repartieran entre los más necesitados. Eran objetos que guardaba en el garaje de su casa desde que su mujer falleciera, ya hacía bastantes años, y había tomado la decisión de que, ahora que Raquel estaba en Londres y Dulce, su hija pequeña, de vacaciones por Italia con unos familiares, podría hacer la tarea que tanto le costaba realizar.

Los chicos habían llegado a primera hora del domingo con muchas ganas de trabajar pero, tras varias horas sin descansar, los tres estaban agotados. El calor tampoco les ayudaba, por lo que Josep tuvo una idea: —Voy a acercarme a la tienda de ultramarinos del pueblo, a comprar varias cervezas, y os invito a comer. ¿Os apetece? —Miró a su sobrino y a su amigo mientras se limpiaba las manos del polvo que se había adherido a ellas.

Israel se sentó en un pequeño taburete de madera y se pasó el brazo por la frente quitándose el sudor.

—No estaría mal, tío.

Lucas agarró un osito de peluche marrón y lo echó en una de las cajas de cartón, en la que habían escrito «juguetes».

—Me apunto —confirmó sonriendo.

El hombre mayor asintió.

—Pero no sigáis trabajando —les ordenó—. Creo que por hoy ya hemos cumplido.

Israel asintió.

—No sabía que se podían guardar tantas cosas en un garaje.

Su tío sonrió.

—Con los años vamos almacenando objetos que creemos imprescindibles, pero luego, con el tiempo, comprobamos que lo verdaderamente importante son los recuerdos que tenemos de ellos.

Los chicos movieron la cabeza de manera afirmativa, conformes con lo que había dicho, sumiéndose los tres en sus propios pensamientos por unos segundos.

—No se te olviden las patatas fritas —le pidió Israel rompiendo la seriedad del momento.

Lucas se rio.

—Tú y tus patatas fritas.

—Soy un adicto a la comida basura. —Le guiñó un ojo mientras se frotaba las manos.

Josep también se rio.

—Cerveza, patatas fritas —enumeró—. ¿Quieres algo, Lucas?

—No, gracias, aunque mientras le esperamos creo que me daré un baño en el lago.

Israel saltó levantándose del taburete con rapidez.

—No está mal esa idea.

El dueño del garaje se dirigió hacia el todoterreno que había aparcado delante de la casa mientras limpiaban el garaje.

—Podéis hacer lo que queráis —señaló sin mirarlos—. Pero tened cuidado.

—Sí, tío. —afirmó Israel y miró a Lucas guiñándole un ojo—. El último es un huevo podrido. —Salió corriendo seguido por su amigo.

En cuanto los dos llegaron al embarcadero, Israel se deshizo de los cortos pantalones de algodón y de la camiseta sin mangas de su equipo favorito de baloncesto para tirarse de golpe en el agua helada con los calzoncillos.

Lucas le imitó, pero en vez de abandonar la ropa desperdigada por el suelo de madera como su amigo, la dejó encima de una de las butacas que había allí. Se acercó hasta el extremo de la pasarela sin quitarse los bóxers negros y, cuando vio aparecer a su amigo, se tiró de cabeza.

—Está helada —comentó nada más salir a la superficie.

—Ya te digo, pero es mucho mejor que el calor insoportable que hace hoy —comentó Israel nadando un poco.

El médico no tardó en seguirlo, sumergiéndose cada poco o nadando a crol para entrar en calor hasta que se estiró todo lo largo que era y dejó que su cuerpo flotara sobre el agua.

Se estaba de maravilla.

*

Bastante tiempo después, Israel se sentó en el embarcadero y dejó que el sol le calentara.

—Se está bien aquí —comentó recibiendo un movimiento afirmativo por parte del médico.

Lucas se acercó hasta él y se agarró a uno de los tablones de madera que conformaban la pasarela, pero sin salir del agua.

—Isra...

—Umm...

—¿Crees que la diferencia de edad puede perjudicar a una relación? —le preguntó su amigo como por casualidad.

El joven se apartó el pelo húmedo de la cara mientras movía sus piernas por dentro del agua.

—No.

—¿Seguro?

Lo miró divertido.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Te has enamorado?

Lucas se rio y se dio impulso con las piernas para alejarse de él.

—No, claro. Estaba hablando de un conocido.

Su amigo lo observó sin creerle.

—Ya, un conocido... —Sonrió—. ¿Y de cuánta diferencia hablamos?

—Seis años —respondió.

Israel se carcajeó.

—Me habías asustado. —Le salpicó.

El médico le imitó.

—No seas tonto y responde.

—No son muchos los años y, siempre que ambos se atraigan o se quieran, ¿qué más da? —Se encogió de hombros y siguió tomando el sol, sin darle mucha importancia a la cuestión.

Lucas se hundió en el agua y salió a continuación. Se subió a la pasarela y se sentó en la butaca que no ocupaba su ropa.

—¿Aunque esa pareja sean amigos y puedan estropear su amistad si no sale bien? —insistió pasados unos segundos retomando el tema que le preocupaba.

Israel se volvió y le señaló.

—Ahí está el asunto...

—¿Dónde?

Se levantó y se colocó delante del médico con los brazos en jarras.

—En realidad lo que le preocupa a tu amigo es perder esa amistad.

Lo observó con atención.

—No sé a qué te refieres.

Israel quitó la ropa de la silla de madera y la dejó encima del suelo, recibiendo una mirada feroz por parte de su amigo.

—Teme que, si esa relación no sale bien, acabe distanciándose de la chica y, por consiguiente, perdiendo la amistad que tienen.

Lucas posó su espalda en el respaldo de madera y se tapó los ojos con el brazo para evitar que el sol le deslumbrara.

—¿Y qué le dirías a mi amigo?

—¿Se atraen? —Asintió—. Pues para adelante. Quizás solo sea el calentón del momento porque no han saciado sus instintos pero, si no lo prueba, siempre se quedará con la duda.

Le golpeó y se rio.

—Mira que eres bruto, Isra.

Este también se rio.

—Bruto, no. Realista. Porque llame las cosas por su nombre, no quiere decir que tenga menos razón.

—Pero ¿y si tras ese calentón... —mover los dedos imitando unas comillas imaginarias— todo desaparece?

Israel se volvió en la silla y lo miró.

—Primero, habla con la chica. Proponle probar, quizás ella esté en la misma situación y teniendo las cosas claras no puede suceder nada. Una vez folléis...

—Isra... —le llamó la atención.

—Os acostéis —corrigió sonriendo de forma traviesa—, saciéis vuestra curiosidad, descubriréis si podéis transformar vuestra relación de amistad en algo más.

Este asintió medio convencido. No se había dado cuenta de que habían pasado de hablar de un conocido suyo a ser él el protagonista de la historia.

—¿Y si tras acostarnos, no hay nada más? —preguntó mirándole de medio lado.

Este se encogió de hombros.

—Pues seguís siendo amigos.

Lucas giró la cabeza y observó el cielo.

—¿Crees que volveríamos a ser los mismos? ¿Seguiríamos siendo amigos?

Israel se levantó de la butaca y fue hacia el final de la pasarela de madera.

—¿Por qué no? —le dijo tirándose al agua de nuevo, salpicando todo lo que lo rodeaba.

Lucas observó a su amigo meditando sobre lo que habían hablado.

—Por qué no... —repitió.

Capítulo 12



Mónica llevaba un cuarto de hora esperando en el granero a que Lucas apareciera.

Había llegado mucho antes de la hora acordada, nerviosa ante lo que pudiera querer decirle y que no le había explicado por teléfono.

Le sorprendió haber recibido un mensaje del médico la tarde del domingo y más tras cómo se habían despedido el día anterior.

En él la invitaba a quedar en el viejo granero para intentar solucionar los problemas que tenían.

Al principio la palabra «problemas» le había chirriado un poco. Ella no tenía ningún problema con él. Sabía exactamente lo que quería y con quién quería estar. Era el «doctorcito» quien estaba hecho un lío y, por consiguiente, la estaba arrastrando con él.

Escribió y borró un sinfín de mensajes con intención de decirle lo que pensaba, pero no mandó ninguno. Al final decidió darle una oportunidad y por eso se encontraba allí ahora.

Sola.

Observando como el sol comenzaba a desaparecer por la linde del valle dejando una preciosa estampa.

Atrapó su móvil y no pudo evitar sacarle una foto al cielo anaranjado. Escuchaba el sonido de los grillos y el discurrir del río que circulaba por debajo de ella mientras trataba de subir a Instagram la imagen que había tomado, cuando se dio cuenta de que tenía un nuevo mensaje de Lucas.

Abrió el WhatsApp y lo leyó:

Llego tarde.
Una urgencia médica.
21:15

Comprobó la hora que era y se dio cuenta de que hacía rato que lo había enviado. No supo qué hacer. Si se marchaba en ese momento, tal vez estaba ya de camino y se cruzaría con él; y si le llamaba, quizás no podría coger el teléfono por estar ocupado y se preocuparía luego al ver la llamada perdida.

Estaba decidiendo qué debía hacer, cuando escuchó como alguien subía las escaleras. Se levantó con rapidez de donde estaba sentada y se escondió al fondo de la habitación, detrás de uno de los enormes montones de heno que había.

—¿Moni? —la llamó el joven en cuanto llegó a la planta de arriba.

No dudó en salir del lugar donde se escondía cuando reconoció su voz.

—Has tardado...

Se pasó la mano por la cara en un gesto cansado.

—Ha sido un lunes complicado en la clínica.

Ella asintió atrapando sus manos sin saber muy bien qué decir o hacer ahora que estaban juntos.

—Si estás tan agotado, podemos dejarlo para otro momento. —Se acercó hasta él con intención de descender las escaleras—. No creo que lo que tengas que contarme no pueda esperar un día más.

Lucas la agarró del brazo, deteniéndola.

—Hablemos ahora —le indicó.

Mónica lo miró.

—De acuerdo.

La liberó de su agarre en cuanto la escuchó y se acercó hasta el vano que había en la pared, desde el que se podía ver el valle.

La joven lo observó desde la distancia: con ese vaquero azul y una de las camisas que solía ponerse cuando iba a trabajar estaba muy atractivo.

—Es verdad que me atraes —confesó pasados unos minutos, sorprendiéndola—. Lo de la edad es una excusa.

El corazón de Mónica comenzó a latir con fuerza.

—¿Entonces?

Él se volvió y la miró. Pensó que nunca la había visto tan bella.

Calzaba unas sencillas bambas blancas, que conjuntaba con una falda de vuelo corta de lunares blancos sobre un fondo azul oscuro, que le llegaba

hasta la mitad del muslo. Sus piernas estilizadas eran muy visibles, resaltando gracias al moreno de su piel; y en la parte de arriba, gracias a la blusa sin mangas de color rosa con botones que vestía, dejaba sus brazos expuestos. El cabello, que llevaba suelto, llegándole más allá de los hombros, le enmarcaba un rostro precioso donde sus ojos celestes acaparaban todo el protagonismo.

—¿Lucas? —lo llamó, devolviéndolo al presente—. ¿Estás bien?

Este asintió y sonrió.

—Creo que nunca he estado mejor.

Mónica le correspondió con otra sonrisa.

—¿Me decías?

Se acercó a ella y atrapó sus manos.

—No sé lo que siento por ti. Son muchos los años que llevamos juntos y sé que te quiero, pero no sabría decirte si estoy enamorado o solo es atracción.

La joven arrugó el ceño no muy convencida con lo que le explicaba. Ella sí sabía que le amaba y escuchar las dudas por su parte le hacía daño.

—¿Y?

Tomó aire intentando coger fuerzas ante lo que quería expresar y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Tú también has dicho que me deseas —recordó el último enfrentamiento que habían tenido en el almacén de Ceci.

Ella sintió como su cara enrojecía.

—Bueno...

Atrapó su barbilla y la obligó a mirarle.

—Moni, seamos sinceros aunque solo sea una vez.

Observó sus ojos y asintió.

—Sí, te deseo.

Suspiró al escucharla y sonrió complaciente.

—Tengo miedo de que, si nos dejamos llevar por lo que sentimos, descubramos que se trata solo de atracción sexual.

—Pero...

Él chistó silenciándola, llevando el dedo índice y el corazón hasta su boca.

—No quiero perderte como amiga, Mónica. Eres muy importante en mi vida y me dolería que no siguieras formando parte de ella.

Negó con la cabeza.

—Tú también eres importante para mí.

Asintió conforme con lo que le decía y se alejó de su lado, posando las manos en su cabeza para dejarlas caer a continuación.

—Quiero... No. Necesito acostarme contigo —le soltó de pronto, dejándola sin palabras.

Mónica lo observó asombrada. No sabía muy bien quién era la persona que tenía ahora mismo delante de ella porque, conociéndolo como lo conocía, no podía tratarse de «su Lucas».

—¿Qué te has tomado? —le preguntó divertida.

Se carcajeó.

—Una dosis de Israel.

—¿Mi hermano? —interrogó extrañada—. ¿Qué tiene que ver mi hermano en todo esto?

—Estuve hablando con él y me dio un buen consejo.

Mónica estalló en carcajadas.

—¿Isra? —Él asintió—. ¿Dices que mi hermano te dio un buen consejo?

—Se sentó en el suelo, doblando las piernas, sin apartar la mirada de él.

Se acercó a ella sin dudarle y se sentó enfrente.

—Me dijo que teníamos que probar si solo es atracción o hay algo más.

Lo miró confusa.

—¿Te dijo mi hermano que te acostaras conmigo?

Fue Lucas el que se rio a mandíbula batiente en ese momento.

—No, no... —Atrapó sus manos y comenzó a jugar con sus dedos—. Nunca en la vida se me habría ocurrido hablarle de ti bajo esas premisas.

Ella sonrió.

—Tu vida correría peligro.

Le apartó un mechón de la cara y lo colocó detrás de su oreja. Escuchó como la joven suspiraba ante su contacto.

—Por eso mismo —dijo cómplice—. Hablamos de otra persona, de un tercero y, por supuesto, nunca salió el nombre de la chica. —La miró con intensidad—. Tu nombre.

Mónica sintió de repente mucha sed.

—¿Y qué te dijo el sabio de mi hermano?

—Que no deberíamos olvidarnos de nuestra amistad aunque se desvanezca la atracción que sentimos tras acostarnos. Tendríamos que prometer que seguiríamos siendo amigos.

Ella movió la cabeza afirmativamente, comprendiendo su explicación.

—Todo seguiría como siempre.

—Así es.

Miró las manos que tenían entrelazadas.

—Sería como una prueba...

—Correcto.

Lo miró esperanzada y pensó que quizás esa era la forma de que Lucas se diera cuenta de que la amaba.

—Entonces...

—¿Entonces?

—Si nos acostamos no perderíamos nada —indicó sintiendo por primera vez algo de timidez en lo referente a la conversación que mantenían.

—Y mucho que ganar —expuso él—. Si solo es atracción —dijo pasando sus dedos por el brazo desnudo de Mónica con delicadeza—, la saciaremos y acabaremos con ella.

—Pero seguiremos siendo amigos —añadió con rapidez sabiendo que era una de las cosas que más preocupaban a Lucas.

Este asintió mientras llevaba una de sus manos hasta los botones de la blusa de la joven y empezaba a desabrocharlos.

—Y si todavía queremos seguir juntos...

—Si queremos seguir juntos —repitió a media voz, sintiendo como la camisa se iba abriendo ante su intromisión.

—Podremos empezar una relación —susurró.

Lucas se cernió sobre su boca. Atrapó su labio inferior para pasar a continuación al superior. Le arañó con delicadeza la piel y dejó que su lengua aliviara los pequeños rasguños que le había prodigado.

Mónica se agarró a su camisa con temor a que una vez más se detuviera mientras sentía como sus manos se adentraban a través de su blusa, acariciando los pechos con ternura por encima del sujetador.

Sin apartarse de ella, sin abandonar su boca, mientras sus labios se acariciaban, se levantó levemente, empujándola hacia atrás, hasta que la obligó a posar la espalda sobre el blando heno.

Ella suspiró.

Él le robó el suspiro.

Apoyó el brazo a su lado, para que aguantara su peso y así evitar aplastarla, y llevó la mano libre hasta su estómago. Dejó que sus dedos lo acariciaran y poco a poco fue ascendiendo hasta el sostén amarillo que llevaba. Pasó la yema de los dedos por encima del encaje, arrancándole pequeños sonidos que conseguían completar su ego.

Llevó sus dedos hasta el cierre delantero y con demasiada facilidad lo soltó, liberando los pequeños tesoros que escondía la suave tela. Atrapó uno de los pechos y acarició con lentitud el pezón enhiesto casi como si buscara atormentar a la joven por medio de sus caricias y atenciones. Tiró de la guinda rosada, la pellizó arrancándole un nítido grito y volvió a acariciarlo con ternura provocando que miles de escalofríos recorrieran el cuerpo femenino.

Mónica, ansiosa por querer tocar también a su amante, tiró de su camisa, sacándola de debajo del vaquero, y llevó las manos hasta su espalda, acariciando sus músculos definidos. Trasladó los dedos hasta su estómago y descendió con rapidez hasta el botón que impedía que sus pantalones se cayeran. Lo desabrochó con alguna torpeza y bajó la cremallera con un valor insólito mientras Lucas seguía besándola con la misma hambre que ella tenía de él.

El joven, a pesar de sus quejas, se alejó de sus labios y descendió por su cuello saboreando su piel. Atrapó el seno con la boca y succionó con ansia, dejando que su lengua acariciara el pequeño botón.

La mano de Mónica se adentró por el interior de los bóxers, atrapando el endurecido miembro que comenzó a acariciar con veneración. Duro pero suave, la atraía como un dulce apetecible que necesitaba tocar, saborear...

Lucas la miró sorprendido.

—No sabía que eras tan traviesa —comentó sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa dejando que sus uñas arañaran sutilmente el pene, arrancándole un gutural gemido.

—Quiero pasar la prueba —indicó divertida.

El médico se rio y sin previo aviso trasladó sus manos por debajo de su falda, atravesando la fina tela de sus braguitas con rapidez. Los pliegues húmedos le dieron una dulce bienvenida en cuanto su dueña sintió sus caricias, gimiendo de puro placer al notar como los dedos se aventuraban por su interior.

—Yo también quiero aprobar —susurró dejando que sus dedos aumentaran sus movimientos, acariciando los labios genitales.

Mónica se retorció ante el contacto, enfebrecida por lo que sentía.

—Lucas...

Este se acercó hasta su cara y le mordió el labio inferior, tirando de él con sádico deleite.

—Dime qué quieres.

El color celeste de sus ojos estaba difuminado, un brillo de expectación se había apropiado de ellos y el placer los cegaba.

—Mónica, dime qué necesitas —insistió.

Esta le miró con adoración y apretó su mano alrededor de su erecto pene arrancándole un ahogado gemido.

—Lo mismo que tú —señaló traviesa.

El joven se rio y, sin dudar, se deshizo de las braguitas, se quitó la camisa y se bajó los vaqueros junto a los bóxers. Observó a la joven que tumbada le esperaba expectante y, tras ponerse un preservativo que llevaba en la cartera, se adentró en su interior.

El calor húmedo lo envolvió. Un placer que lo devoraba por dentro y que necesitaba saciar.

Mónica enrolló las piernas alrededor de su cintura, elevando su cuerpo brevemente, permitiéndole un mejor acceso, y gritó de satisfacción al sentirlo tan dentro.

Lucas posó sus brazos a ambos lados de ella, apartó el cabello de su cara y le acarició los labios para volver a besarla con fervor.

Las caderas de los jóvenes comenzaron a moverse. Primero con una angustiosa lentitud, acoplándose el uno al otro, sintiéndose, acariciándose...

Sus cuerpos se adoraban...

El uno para el otro sin ninguna barrera que los alejara.

Se besaron y anclaron sus miradas. Ninguno de los dos quería perderse las sensaciones que compartían.

Mónica elevó sus caderas buscando un mayor acercamiento. Posó sus manos sobre el trasero masculino, animándolo a que aumentara sus movimientos, para que comenzara una lucha ancestral de la que ninguno saldría perdedor.

Las caricias crecieron.

Las embestidas aumentaron.

Los resuellos se entrelazaron.

Los latidos de sus corazones enloquecieron.

Las manos de ella circularon por su espalda, dibujando formas inconexas hasta que se agarró a sus hombros y clavó sus uñas cuando una nueva estocada la atravesó.

Un gemido gutural se escapó de entre sus labios, que atrapó su amante con un nuevo beso, devorando su boca con una sucesión de caricias que fueron correspondidas de inmediato.

Las caderas masculinas acrecentaron sus movimientos.

Las estocadas crecieron y los embistes se sucedieron.

Lucas la mordió en el lugar donde se juntan el cuello y el hombro, provocando un nuevo gemido de respuesta ante su acción.

El cuerpo de la joven se arqueó.

Su miembro se adentró con más fiereza en su interior y una explosión de sensaciones inundó a la pareja.

Capítulo 13



Lucas observaba a Mónica mientras dormía. Le apartó un mechón de la cara y dejó que sus dedos delinearan la silueta de su rostro, pensando en lo preciosa que era.

Tras lo que habían compartido, se había acercado a su coche para coger una manta. No quiso demorarse mucho, por lo que corrió por el campo como si el diablo lo llevara, acompañado de una sonrisa de felicidad en su rostro que no lo abandonó ni un segundo. Cuando regresó al edificio, la joven le esperaba algo cohibida, pero en cuanto le ofreció su mano para que se acercara a él, la abrazó con cariño alejando sus demonios.

Su relación había cambiado.

Su vida se había transformado, pero estaban juntos.

Se tumbaron una vez más encima del heno, arropados por la manta que había traído. Mónica entre sus brazos, con sus dedos entrelazados, envuelto por su aroma a flores silvestres que tanto le fascinaba.

Compartieron confidencias y recuerdos de momentos que habían disfrutado juntos a lo largo de su existencia, pero ninguno se atrevió a mencionar lo que habían compartido minutos antes ni a hablar de sus sentimientos. Era como si temieran que al sacar el tema pudieran romper el hechizo que los había unido y la prueba, la dichosa prueba que los había llevado hasta allí, los distanciara.

Ella se quedó dormida sobre su pecho mientras sus manos se enredaban entre su dorado cabello, mientras que en su cabeza solamente giraba una idea: estaba enamorado. Estaba enamorado de Mónica.

Sintió como su corazón palpitaba por lo que habían hecho. Su cuerpo anhelaba repetirlo, saborear de nuevo su piel, robarle otro beso que la hiciera gritar de pasión mientras se adentraba en su interior... Notó como parte de su cuerpo cobraba vida ante los recuerdos y soltó el aire que retenía con lentitud, intentando controlar sus instintos.

Estaba loco, loco de amor por una jovencita que lo conocía demasiado bien y que lo quería como amiga y como amante.

Ella suspiró atrayendo su atención y sonrió. Una sonrisa feliz que le llegaba a los ojos y que brillaba con intensidad en mitad de la noche.

Estaba enamorado.

Cerró los ojos con fuerza y suspiró él también ante la idea. Por primera vez era sincero consigo mismo en lo referente a los sentimientos que tenía hacia Mónica, y no sabía si saltar de alegría o temer que ese sueño pudiera terminar con un final trágico.

Justo en ese momento, su móvil comenzó a sonar en mitad de la noche, rompiendo el silencio.

Mónica se removió entre sueños y lo miró confusa al despertarse escuchando la melodía de la serie *House*.

—¿Cuándo vas a cambiar el tono del teléfono? —preguntó soñolienta.

Él le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo.

—Cuando estrenen una serie de televisión sobre médicos tan buena como la de *House*. —Se apartó de ella y atrapó el móvil que destacaba en medio de la oscuridad gracias a la luz parpadeante de su pantalla—. ¿Dígame? —respondió a la llamada.

Mónica se giró sobre sí misma para observarlo con libertad y pensó que nunca había sido tan feliz.

Lo amaba desde hacía años y por fin había conseguido estar con él, a su lado... Había sentido sus caricias y habían compartido besos inmersos bajo la pasión que sentían el uno por el otro, hasta que habían alcanzado las estrellas juntos.

Se incorporó levemente sin perderlo de vista mientras andaba de un lado a otro hablando por teléfono y sintió como una sonrisa bobalicona nacía en su rostro.

Estaban juntos...

Ninguno de los dos había hablado sobre el tema que les preocupaba, sobre sus sentimientos tras haberse acostado, pero no tenía duda alguna de

que tras lo compartido, tras sentir a Lucas en su interior, tras sus miradas y su ternura, él la quería.

Lucas la amaba.

—Debemos irnos —le anunció con pesar en cuanto colgó el móvil.

Mónica se levantó y lo miró extrañada.

—¿Sucede algo?

Atrapó su mano y la acercó hasta él.

—Una urgencia en la clínica. Me necesitan.

Ella asintió.

—Entonces, debes irte...

—Sí...

La mirada oscura de Lucas estaba fija en la celeste.

El silencio se asentó entre los dos arropándolos con cariño, alejándolos del exterior. La mano masculina sin soltar la de ella, con sus cuerpos pegados y sus respiraciones entrelazadas.

Lucas le acarició la mejilla.

Mónica cerró sus ojos intentando sentir con más intensidad la caricia.

Los dos felices, los dos muertos de miedo.

—Tenemos que hablar —comentó él rompiendo lo que compartían.

Ella asintió conforme.

—Tenemos que hablar —repitió a media voz.

Lucas se acercó a su cara y posó con delicadeza su boca sobre sus labios. Un pequeño beso que provocó que el cuerpo de Mónica temblara.

—Mañana.

—Mañana —repitió ella.

Como cada uno había ido en su propio coche hasta donde se encontraba el granero, tuvieron que despedirse en el lugar que había sido mudo espectador de su amor sin poder compartir más tiempo juntos. No volvieron a besarse, no volvieron a tocarse... Solo se dijeron adiós con una promesa en el aire: una nueva cita para el día siguiente en la que hablarían de todo y de nada, donde las cartas se expondrían y sus vidas cambiarían.

*

Mónica llegó a casa cuando todo el mundo ya dormía. Las luces estaban apagadas y comprobó que los coches de su padre y de su hermano ya se encontraban allí.

Subió a su cuarto intentando hacer el menor ruido posible y se tiró sobre la cama tras cerrar la puerta. Comenzó a patear el colchón con energía y se llevó las manos a la boca para ahogar sus gritos de felicidad.

Todavía no podía creer lo que había sucedido.

Se había acostado con Lucas, habían compartido besos y caricias, y se habían amado...

Tenía que contárselo a alguien.

Necesitaba hablarlo con Raquel.

Le mandó un WhatsApp y esperó...

Esperó...

No podía creer que no pudiera hablar con ella, que estuviera durmiendo y tuviera que callarse la noticia más alegre de su vida.

Volvió a mandarle un nuevo mensaje impaciente y esperó.

Esperó...

Y esperó...

Con el móvil en sus manos, pendiente de la pantalla, pero Raquel no aparecía.

Estaba a punto de marcar su número cuando el teléfono comenzó a sonar como loco y pudo comprobar quién la llamaba.

—Te acabo de mandar un WhatsApp —le dijo en cuanto descolgó.

Su prima se rio al otro lado de la línea.

—Lo sé, pero como es tan tarde y tras comprobar tu insistencia, he preferido llamarte.

Mónica se tumbó sobre la cama.

—Te va a salir muy cara la llamada.

—No te preocupes por eso.

—¿Dónde estás? —le preguntó al oír voces de fondo.

—Tony y yo hemos salido para tomar algo con el resto de los chicos...

—¿Los chicos? —se interesó.

—El equipo que está ayudando a Tony con el disco.

—Aaah... Genial, pues si eso ya hablamos mañana. No quiero molestarte, no quiero...

—Mónica —la cortó—, ¿qué sucede? ¿Estás bien?

La rubia se calló de pronto. Una sensación agrídulce acababa de invadirla, una bofetada de realidad que la hizo dudar.

—Sí... —titubeó—. Bueno, estaba bien hasta hacía unos segundos...

Raquel se rio.

—Hasta que has oído mi voz.

—Sí —asintió llevándose la mano a los ojos rendida.

—No sé cómo tomarme eso —señaló divertida—. ¿Qué ha pasado?

Mónica se levantó de la cama y observó la imagen que le devolvía el espejo del armario. La chica que la miraba era la felicidad personificada. Estaba enamorada. Era feliz por haber estado con la persona que amaba, pero...

—Me he acostado con Lucas...

—¿Qué?! —Mónica se rio al oírla—. Espera...

Escuchó como hablaba con Tony para decirle que salía un momento a la calle y como iba disculpándose con todas las personas que se cruzaban en su camino hasta que la puerta del local donde se encontraba se cerró tras ella.

—Ya está —indicó—. Ahora repíteme lo que me has dicho que creo que no te he escuchado muy bien.

Mónica se levantó de la cama y se acercó a una de las estanterías de la habitación donde descansaban algunos recuerdos. Una foto llamó su atención. La tomó con cuidado y observó a las personas que en ella aparecían. Raquel y ella, junto a Dulce, e Israel con el brazo por encima de Lucas. Pasó su dedo con cariño por la cara de este último y suspiró.

—Nos hemos acostado.

—Ajá —dijo y el silencio se adueñó de la línea telefónica.

—¿No vas a decir nada más? —preguntó.

—Estaba esperando a que tú añadieras algo más —comentó—. No sé por qué me da que esto esconde mucho más de lo que parece a primera vista.

—¿Por qué me conoces tan bien?

Se rio.

—Porque soy tu prima.

Mónica también se rio y volvió a la cama donde se sentó de nuevo con la foto.

—Quedamos en el granero y me propuso algo que en principio me parecía una gran idea.

—¿El qué?

—Acostarnos para aplacar la atracción que sentíamos y si después no sentíamos nada el uno por el otro, volveríamos a ser amigos. Lucas no quería perder nuestra amistad y por eso se resistía.

—Tiene sentido...

—¿Sí? —la interrumpió esperanzada. Quizás si Raquel pensaba que habían hecho bien, no había sido tan mala idea.

—Lo de no querer perder vuestra amistad —aclaró.

—¿Y lo de acostarnos?

Raquel suspiró.

—¿Y si después de acostaros seguís sintiéndoos atraídos el uno por el otro? —respondió con otra pregunta.

—Comenzaríamos una relación —explicó sonriendo ante la idea.

—Ajá...

—¿Ajá? ¡Solo me dices eso! —soltó alterada.

—Mónica, ¿por qué me has llamado?

La rubia dudó por unos segundos.

—No sé... —se sinceró—. En principio quería compartir contigo que era muy feliz... Raquel, he hecho el amor con Lucas y ha sido maravilloso —comentó ilusionada—. Hemos quedado para hablar mañana, pero ahora...

—¿Ahora?

—Ahora tengo miedo de que todo haya sido un espejismo y que al final lo pierda. No ya como pareja, porque nunca lo he tenido, sino como amigo.

—Comprendo...

—Raquel, no lo entiendo —confesó—. Allí, en el granero, cuando lo hablamos parecía todo tan sencillo.

Su prima sonrió con pesar.

—Porque el uno se sentía atraído por el otro, porque queríais saciar lo que sentíais y no os parasteis a pensar en que si alguno de los dos no está enamorado, recuperar esa amistad va a ser difícil o casi imposible.

Mónica dejó que su cuerpo cayera sobre la cama sin fuerzas.

—Yo lo amo...

—Lo sé, cariño, pero ¿y Lucas?

La joven observó la lámpara que colgaba en su cuarto y suspiró.

—Creo que también —respondió a media voz—. Sus besos, sus caricias... Raquel, ha sido tan bonito lo que hemos compartido.

—Me alegro...

—¿Por qué tu tono de voz no acompaña a tus palabras? —se interesó inquieta.

—Porque me preocupo por ti... —declaró—. No quiero que te haga daño.

Cerró los ojos al escuchar a su prima intentando detener las lágrimas que se deslizaban por su cara.

—Quizás también me ama.
—Quizás...

FIN

Merche Diolch

LUCAS

Y llegaste tú 4

«Todo el mundo debería tener un amor verdadero, y ese amor debería durar,
como mínimo, toda la vida.»

JOHN GREEN, *Bajo la misma estrella*

Click
EDICIONES

Prólogo



Estaba en el bar de Ceci con Jaime. Habían pedido unas patatas fritas que acompañaban con un par de refrescos. El chico no paraba de hablarle de una radio que estaba reparando, de lo complicado que era conseguir algunas de las piezas que componían el aparato, mientras ella jugaba con la comida, mojando cada poco una patata en la salsa para dejarla apartada en el plato sin ganas de llevársela al estómago.

Toda su atención estaba puesta en la puerta del local que se abría cada dos por tres dejando pasar a los clientes, mientras esperaba ansiosa a que apareciera la persona con quien había quedado.

Se habían citado allí y, aunque Lucas no le había especificado una hora concreta a la que podría acudir, ya que debía pasar consulta, le había prometido que iría.

Había dejado claro que quería hablar con ella.

Se había puesto su vestido favorito. Uno de manga corta, decorado con flores malvas, que le llegaba hasta la mitad del muslo. El pelo se lo había recogido en una trenza suelta y llevaba unas sandalias que se ataban a los tobillos por medio de una fina tira dorada de la que colgaban un par de cascabeles pequeños que sonaban cada vez que movía los pies.

Jaime la halagó en cuanto la vio descender las escaleras de su casa e Israel había silbado ante su imagen consiguiendo que sus mejillas enrojecieran.

Necesitaba encontrarse bien consigo misma y por eso se había puesto lo más guapa posible. Si esa tarde acababa recibiendo una mala noticia, que

sabía a ciencia cierta que le partiría el corazón, quería mostrar su mejor estado aunque solo fuera en el exterior; y también para Lucas, para dejarle sin palabras y que así pudiera comprobar lo que podía perderse si la rechazaba.

Comprobó una vez más la hora en el reloj que colgaba de una de las paredes del local y pensó que el tiempo pasaba demasiado lento para su salud mental. Las agujas se movían poco a poco por encima de la foto que decoraba el interior del círculo, una imagen de Marilyn Monroe que le sonreía desde su interior como si comprendiera por lo que estaba pasando.

Tomó el vaso de refresco y bebió de la pajita justo cuando una vez más se abría la puerta de la calle. En esta ocasión no miró, no comprobó quién entraba o salía; sus ilusiones comenzaban a desinflarse y no le apetecía volver a perder la esperanza.

De pronto, sintió una mano posarse sobre su hombro y el olor a tierra mojada inundó sus fosas nasales.

—Hola, Jaime —saludó el recién llegado a su amigo.

—Lucas... —El joven movió la cabeza respondiendo a su saludo—. ¿Te sientas con nosotros?

—Puede que más tarde —aceptó—. Voy a los servicios un momento. —Apretó su mano sobre el hombro de ella en cuanto anunció sus intenciones.

El joven, que estaba sentado a la mesa, levantó su vaso en un brindis imaginario.

—Te esperamos —comentó para acercarse a Mónica en cuanto el médico desapareció por el pasillo que llevaba a los aseos—. ¿Se puede saber qué sucede?

Esta negó con la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

—Ja... —espetó en voz alta, atrayendo la atención de las personas que había cerca de ellos—. No has mirado a Lucas ni un momento desde que ha llegado, no has hablado con él, no le has saludado..., pero te has puesto roja como un tomate.

Se llevó las manos con rapidez a las mejillas avergonzada.

—¿Crees que se habrá dado cuenta?

Le agarró una de las manos retirándosela de la cara y sonrió.

—Creo que estaba más pendiente de dejarte claro que se iba a los servicios que del cambio de color de tu cara.

Elevó una de sus cejas doradas.

—¿Piensas que lo ha dicho por algún motivo?

Le colocó detrás de su oreja un mechón que se había escapado de su recogido y asintió.

—Estás preciosa. —Ella sintió como sus mejillas enrojecían otra vez—. Ve con él y resuelve lo que tengáis que solucionar.

Agachó la mirada asustada.

—Tengo miedo.

Jaime elevó su barbilla y observó sus ojos celestes.

—Hay que correr riesgos para que la vida tenga sentido. —Le dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo—. Ahora vete, que va a pensar que no quieres saber nada de él.

La chica asintió, le devolvió el beso y fue tras el médico.

La puerta del almacén se encontraba entreabierta, comprobó que no había nadie a la vista que la observara y sin dudarlo la atravesó.

Aunque el cuarto estaba a oscuras no sintió ningún miedo. Sabía que Lucas estaría allí, a su lado.

Cerró la puerta y, en cuanto fue a encender la bombilla para localizar al médico, se vio asaltada por un beso. Sus labios se posaron sobre los suyos y su lengua reclamó con desesperación que abriera la boca para poder acariciar su gemela. Posó sus manos en el trasero femenino y la elevó sobre sus pies, llevándola hasta la pared más cercana. La apoyó sobre ella y la obligó a enrollar sus piernas alrededor de su cintura.

Una de sus manos descendió hasta las piernas y se aventuró por el interior de sus muslos hasta las delicadas braguitas. Dejó que sus dedos traspasaran el suave encaje y se adentró por los pliegues de su sexo con libertad.

Mónica gimió de placer.

Atrapó el labio inferior de Lucas y tiró de él, para besar el superior de manera voraz. Sus manos, apoyadas en su espalda, no paraban de acariciarlo, buscando deshacerse de su camiseta, buscando sentir su piel...

Notó como uno de los dedos masculinos se adentraba en el interior de su cuerpo, seguido al poco por un segundo, y emitió un grito ahogado por los besos que su amante le prodigaba.

Lucas comenzó a mover los dedos por los pliegues vaginales, saliendo y entrando con libertad por su sexo, buscando saciar su placer mientras disfrutaba de su sabor, de sus besos y sus caricias.

Las manos de Mónica se posaron sobre sus hombros con fuerza, con miedo a perder el equilibrio ante lo que empezaba a sentir. Su cuerpo cobraba vida propia y miles de escalofríos comenzaban a recorrerla de arriba abajo.

Los dedos masculinos giraron en su interior provocándole un nuevo gemido y sintió como el pulgar comenzaba a acariciar su botón rosado incitándola a que alcanzara el paraíso con más celeridad.

—Lucas... —susurró su nombre sin apenas aire.

Este siseó regalándole una sonrisa complaciente.

—Déjate ir, preciosa —le ordenó.

El cuerpo de Mónica se arqueó.

Lucas le besó el cuello y la penetró aún más hondo con los dedos.

Un nuevo gemido, acompañado de un suspiro profundo, la llevó a alcanzar el clímax ansiado. Atrapó los labios de su amante y le regaló un nuevo beso mientras sentía como sus dedos abandonaban su humedad.

Sin fuerzas, apoyó la cabeza sobre su hombro. Los músculos de su cuerpo estaban demasiado relajados y temía que, si él la soltaba, no tuviera fuerzas para sostenerse.

Lucas le dio un nuevo beso en el cuello y suspiró.

—Te he echado de menos —confesó.

Mónica lo miró con adoración.

—Yo a ti también —declaró sin ninguna barrera, besándolo otra vez.

El joven dejó que el cuerpo que sostenía se deslizara con lentitud por el suyo, hasta que apoyó los pies en el suelo. Comprobó que podía mantenerse por sí sola y atrapó su cara con las manos.

—Creo que lo de ser amigos va a ser complicado —señaló apoyando su frente en la de ella, recordando lo que habían hablado en el granero—. La atracción sigue presente... —Posó sus labios sobre los de ella y acarició la tersa piel, devorándola—. Muy presente.

Mónica suspiró cuando se vio libre del beso.

—A mí no me importa si me prometes que esto se va a repetir a menudo.

Lucas se rio ante su sugerencia.

—Lo prometo. —La besó una vez más.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Temía tanto este momento —le confesó alejando sus pesadillas.

El joven le acarició el cabello con ternura.

—Si te digo la verdad, las dudas me han atormentado. No sabía si te seguía atrayendo, si querías...

Mónica lo miró asombrada de que él también hubiera padecido sus mismas preocupaciones y, sin dudarlo, llevó dos de sus dedos hasta la boca silenciándolo.

—Yo siempre querré estar contigo, Lucas.

Este le acarició con reverencia la cara, delineó sus cejas y volvió a besarla.

—Habría que decírselo a tu hermano.

Arrugó el ceño ante la mención de Israel.

—Eso te lo dejo a ti. —Lo señaló con el dedo.

Lucas atrapó ese dedo y lo mordió.

—Eres una cobarde.

—Es tu amigo —indicó divertida mientras se encogía de hombros.

Le dio un nuevo beso y asintió mientras atrapaba su mano.

—De acuerdo —cedió—. Se lo contaré, pero luego te lo haré pagar.

Mónica pasó su lengua por los labios de forma retadora.

—Propón y ya veremos... —La frase se quedó inacabada, ya que Lucas se abalanzó de nuevo sobre su boca, robándole un voraz beso.

La joven se rio en cuanto se vio libre de la caricia, le apartó el cabello de la cara, buscando que recuperara su peinado, y se apoyó en su brazo sin soltar sus manos.

—Si sigues así, al final Ceci nos pillaré en su almacén.

Lucas tiró de ella y abrió la puerta de la habitación.

—No pasaría nada, porque así nos solucionaría lo de tener que contar nosotros que estamos juntos.

La risa femenina los envolvió.

—Sería una solución.

Los dos salieron de la mano al comedor del local, compartiendo miradas cómplices. Se acercaron a donde se encontraba Jaime y comprobaron sorprendidos que no estaba solo. El hermano de Mónica y una chica a la que esta no conocía estaban sentados en la misma mesa.

—Hola, chicos —los saludó Israel en cuanto los vio—. Mira, Lucas, quién ha venido de visita...

—Lucía, ¿qué haces aquí? —preguntó el médico extrañado.

La desconocida le dio un beso a Lucas en la boca, provocando que las manos de este y de Mónica se separaran de inmediato ante ese acto.

—¿Qué pasa? —Le guiñó un ojo pícaro—. ¿No puedo venir a ver a mi novio?

Continuará...



Merche Diolch nació en Madrid el Día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media, aunque no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la escritura.

Piensa que todos los sueños se pueden alcanzar, pero siempre con constancia, paciencia y trabajando poco a poco para conseguirlos, por eso tanteó el mundo literario por medio de pequeños relatos con los que colaboró en diferentes antologías literarias, hasta que dio el salto publicando *¿Por qué no?* y *Fuego rojo*, dos novelas que fueron recibidas con expectación por parte de los lectores y que han cosechado grandes éxitos.

Con *Para regalo* consiguió alcanzar el número uno en las distintas plataformas digitales de ventas y todavía siguen sorprendiendo sus excelentes resultados.

Sus series «Rapax» y «Dulce y salado» no dejan de atraer nuevos lectores, con buenas e increíbles críticas que animan a la escritora a continuar en esta profesión, porque, según su propia opinión, «sin los lectores, los escritores no existiríamos».

Ha sido dos veces finalista del Premio AURA, galardón que alcanzó en el año 2015.

En 2009 fundó *Yo leo RA*, una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del género, como los Encuentros Literarios RA, que se celebran cada año y a los que asisten más de 600 personas. Actualmente ha organizado el CiempoLiT. Festival de Literatura Infantil y Juvenil con una gran respuesta por parte de los asistentes.

A día de hoy trabaja en varios proyectos que verán la luz a lo largo del año.

Enlaces de interés

Blog: <http://merchediolch.blogspot.com.es/>

Facebook: Merche Diolch

Twitter: [@MercheDiolch](#)

Instagram: [@merchediolch](#)

Mónica
Y llegaste tú 3

Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta © de la imagen de la portada, Victor Tongdee / Shutterstock © Merche Diolch, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19532-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruená Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruená Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón

Moruená Estríngana

Tu eres mi vez

Judith Priay
Latidos de una bala

Alexandra Roma
Eres mi mejor sueño
Clara Álbori
Mi sol, mi luna

Calista Sweet

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

